

**SOBRE LA FORTUNA O LA VIRTUD
DE ALEJANDRO, I y II**

INTRODUCCIÓN

Nos hallamos, como ya avanzábamos en nuestra anterior introducción, ante dos discursos epidícticos, escritos por Plutarco en su época de juventud. «Los discursos de aparato» —afirma E. Crespo (*o. c.*, pág. xxvi)— «suelen atacar la tesis que a primera vista es evidente y defender la que es exactamente contraria y aparece en principio como débil e infundada». Esto sucede en el primero de los discursos que nos ocupa, que comienza así: «Este es el discurso de la Fortuna para demostrar que Alejandro es obra suya y sólo suya», e inmediatamente desarrolla la idea, defendida retóricamente por el propio Alejandro, de que sus conquistas no han sido gratuitas sino el resultado del esfuerzo, el coraje, la sensatez y su talante filosófico. En efecto, Alejandro, en hipotética respuesta, declara que a él la Fortuna le ha sido antagónica y no aliada, y lo fundamenta enumerando las batallas en las que ha tomado parte y haciendo un elenco de las heridas sufridas. A continuación se relatan las experiencias negativas de sus campañas (tormentas, sequías, fieras, traiciones, etc.) y la situación caótica en que se encontraba Grecia y Macedonia cuando concibió la idea del dominio absoluto de todos los hombres. Con gran penuria económica pero con mucho coraje y con el bagaje filosófico que le había legado su maestro Aristóteles, Alejandro disponía del mejor equipo para sus campañas. Plu-

tarco demostrará cómo Alejandro alcanzó el éxito debido a su formación filosófica. «Por lo que dijo, por lo que hizo y por lo que enseñó, se verá que fue un filósofo», afirma Plutarco. Evidentemente Plutarco considera, al menos en esta fase de su vida, que la filosofía es acción más que palabra. Compara a Alejandro con Carnéades y Zenón. Si éstos indujeron a algunos a adoptar costumbres griegas y a dedicarse a la filosofía, Alejandro, en cambio, consiguió que los niños de Asia, Persia, Susa y Gedrosia leyeran a Homero y cantaran las tragedias de Sófocles y Eurípides. Compara a Alejandro con Sócrates. Si éste murió por haber introducido en Grecia algunas divinidades extranjeras, Alejandro, en cambio, introdujo las divinidades griegas en Bactriana y el Cáucaso. Lo compara a Platón y afirma «pocos leemos las *Leyes* de Platón pero muchos hombres hicieron uso y aún lo hacen de las de Alejandro». Alejandro, afirma Plutarco, «suministró a la palabra la acción». Y superó incluso los consejos de Aristóteles de que tratase a los griegos como a caudillos y a los bárbaros con despotismo pues se consideró «gobernador y árbitro de todos». Unió a griegos y bárbaros en matrimonio. Fue tolerante con las costumbres de los pueblos que anexionaba. No los arrasó sino que los educó en el respeto. Procuró a todos los hombres, así lo relata Plutarco, una mutua concordia, paz y comunidad de intereses. Con admiración hacia su persona y no sin optimismo escribe de él: «Si la divinidad no le hubiera reclamado tan deprisa, una única ley regiría a todos los hombres y todos mirarían a una única justicia como a una luz común». A continuación relata algunos de los dichos y actitudes que revelan su grandeza de ánimo y recuerda y parafrasea la exclamación de Alejandro al conocer a Diógenes: «Si yo no fuera Alejandro, sería Diógenes». Al final casi del primer discurso hace Plutarco una pregunta retórica: «¿Muestran las obras de Alejandro el capricho de For-

tuna... o revelan una gran valentía y justicia, gran moderación y suavidad además de disciplina e inteligencia...?» Para responder que «cada una de sus acciones parecía ser mezcla de todas sus virtudes», lo que confirma aquel dicho estoico de que «cada cosa que el sabio hace, la efectúa de acuerdo con todas las virtudes». De nuevo vuelve Plutarco a comparar las actitudes de Alejandro con las de reconocidos filósofos y termina el discurso afirmando que lo que diferencia al filósofo del hombre común es su fortaleza ante las desgracias y la superación del temor ante los peligros.

De las ideas estoicas que aparecen en este primer discurso, las del cosmopolitismo, que habían sido desarrolladas por Zenón y las de la solidaridad de las virtudes, ha escrito D. Babut en su libro *Plutarque et le Stoïcisme* (París, 1969) «que Plutarco no duda en explotar ciertos temas históricos con fines puramente retóricos y formales sin que ello prejuzgue en nada sus verdaderas opiniones» (pág. 83). En opinión de este autor tanto el cosmopolitismo estoico como la doctrina estoica de la virtud, son empleadas por Plutarco de forma puramente ornamental, con el fin de dar a sus discursos una mayor brillantez al hacer uso de conceptos filosóficos entonces muy en boga. Babut pone de relieve cómo las ideas políticas de Plutarco se hallaban más próximas a un nacionalismo panhelénico que a un auténtico cosmopolitismo. Por lo demás, precisa Babut (*o. c.*, pág. 115), que cuando Plutarco escribió estos tratados retóricos se hallaba aún en una fase prefilosófica de su producción literaria.

Este primer discurso aparece en el «Catálogo de Lamprias» con el número 176 y lo intitula *Sobre la Fortuna de Alejandro*.

El segundo discurso aparece con el número 186 en el «Catálogo de Lamprias» y es intitulado *Sobre la Virtud de*

Alejandro. Comienza por una referencia a un discurso del día anterior, tal vez se trate del Discurso I, en la que se advierte que se pasó por alto el esplendor que alcanzaron las artes y las letras en época de Alejandro, debido, por supuesto, a la sensibilidad para las artes del monarca, que favoreció a artistas y literatos. A continuación plantea el problema crucial del discurso, a saber, si la obra de Alejandro ha surgido por Fortuna. La tesis defendida por Plutarco será que la Fortuna, en efecto, procuró a Alejandro bienes materiales pero sólo por su excelencia y su valentía logró este monarca el éxito de sus empresas. Así como un escultor no hará una escultura bella —dice Plutarco— sólo con los materiales nobles que le ofrece la fortuna si no tiene arte, no se forja un gran hombre sólo con los bienes materiales de la fortuna, si además no posee *areté*. Si se le quita la virtud al hombre afortunado, en todo queda pequeño, afirma nuestro autor y recalca que «la grandeza está no en la posesión de bienes sino en su uso» correcto. Hace, después, un elogio de la moderación de Alejandro y afirma que su prudencia, el dominio de sí mismo y el hecho de que su alma fuera inexpugnable al placer e invulnerable a los deseos no es obra de su Fortuna sino de su Virtud. Recuerda el historial de conquistas de Alejandro y lo pone en parangón con el de otros caudillos, a los que, sin duda, favoreció la Fortuna y subraya el esfuerzo que presidió todas las hazañas de Alejandro. Dedicó aún un capítulo en que ironiza sobre los favores que Alejandro debe a su Fortuna y reitera la superioridad de Alejandro por su virtud frente a otros políticos griegos. Termina el discurso con la narración de la valentía de Alejandro cuando luchaba por arrancarse del pecho una flecha que le había herido de muerte.

Jones (*Plutarch and Rome*, Oxford, 1971, pág. 135) sitúa estos discursos en el primer quinquenio de los años

60, es decir, al igual que Krauss, considera que fueron escritos por Plutarco en su juventud. A Babbitt la conclusión abrupta del discurso le induce a pensar en la posibilidad de que el orador hubiera de cesar por haber agotado el tiempo que se le había concedido para hablar. Si esto fuera así, habríamos de pensar que estos discursos serían leídos o recitados como ejercicios en alguna escuela retórica, probablemente de Atenas.

Los problemas respecto a la autoría de los discursos, puesta en tela de juicio por L. Weber (*De Plutarcho Alexandri laudatore*, Halle, 1888, págs. 84 ss.) fueron definitivamente despejados por W. Nachstädt (*De Plutarchi declamationibus quae sunt de Alexandri fortuna*, Berl. Beitr. f. klass. Philol., Berlín 1895), quien tras un detallado análisis de los textos en confrontación con los de la *Vita Alexandri*, demuestra que todos salieron de la pluma de Plutarco. En opinión de este autor, quien realiza sus argumentaciones basándose en razones de estilo, Plutarco debió de escribir en primer lugar el discurso II, luego la *Vita Alexandri* y, por último, el discurso I. Así dice al final de su exhaustivo escrito: *Attamen hae declamationes in codicibus genuinum ordinem non tuentur, cum oratio, quae altera appellari solet, non solum ante priorem scripta, sed etiam ex duabus partibus composita sit, quae mutato ordine nobis traditae sunt, ut hanc disputationum seriem, qua profectae sunt a scriptore, habeamus: Or. IIB (8, 340B-13, 345B) —Or. IIA (1, 333D-8, 340A)— Vita Alexandri —Or. I (326D-333C).*

SOBRE LA FORTUNA O LA VIRTUD
DE ALEJANDRO

D

DISCURSO I

1. Este es el discurso de la Fortuna que revela a Alejandro como obra suya y sólo suya. Pero es preciso hacer una réplica en favor de la filosofía o más bien en favor de Alejandro, quien se sentiría vejado e irritado si pareciera que ha adquirido gratuitamente de Fortuna su hegemonía, conseguida al precio de mucha sangre y de sucesivas heridas, pues

*pasaba muchas noches en vela
y consumía días manchados de sangre luchando*¹

E

contra poderes irresistibles e innumerables tribus, contra ríos inaccesibles y rocas inexpugnables, asistido por buen consejo, fortaleza, valentía y sensatez.

2. Pienso que Alejandro le diría a Fortuna si ésta tratase de inscribir su nombre en los éxitos de aquél: «No desacredites mi valor ni me desposeas de mi fama y me la quites. Darío fue tu obra. A él de esclavo y mensajero del

¹ Cf. HOM., *Il.* IX 325-326.

F rey² le hiciste señor de los persas. Y también Sardanápalo, a quien le ceñiste la diadema de la realeza a pesar de ser cardador de lana purpúrea³. Yo, en cambio, llegué a Susa por haber vencido en Arbela⁴, y Cilicia⁵ me abrió el camino a Egipto y a Cilicia me lo abrió el Gránico⁶, que crucé pasando a guisa de puente por los cadáveres de Mitrídates y Espitrídates⁷. Date boato y solemnidad ante reyes que nunca sufrieron heridas ni se mancharon de san-
 327 gre, pues ellos fueron los de buena fortuna; Así Oco y Artajerjes, a quienes instauraste en el trono de Ciro inmediatamente después de su nacimiento. Pero mi cuerpo tiene muchas marcas⁸ de una Fortuna antagónica y no aliada mía. En primer lugar entre los ilirios mi cabeza fue golpeada con una piedra y mi cuello con un bastón. Después en Gránico⁹ me rompieron la cabeza con un cuchillo bárbaro y en Iso¹⁰ el muslo con una espada. En Gaza¹¹ me

² Cf. EL., *Hist. Var.* XII 43, ESTRABÓN, XV 3, 24, y DIOD., XVII 5.

³ Cf. *Mor.* 336C.

⁴ En esta batalla, que tuvo lugar el año 331 a. C. Alejandro, tras haber cruzado el Tigris y el Éufrates, derrotó al ejército persa y le quedó abierto el camino a Babilonia.

⁵ Se refiere a la batalla de Issos (333 a. C.). Tras esta batalla Alejandro ocupó el litoral mediterráneo y Egipto.

⁶ En el año 334 a. C., gracias a esta victoria, Alejandro se introduce en Asia Menor. Fue el paso decisivo para la conquista del Oriente.

⁷ Sátropa de Lidia y Jonia, que cayó luchando contra Alejandro en la batalla del Gránico (cf. DIOD., XVII 19, 4).

⁸ Sobre las heridas de Alejandro Magno, cf. W. NACHSTÄDT, *De Phitarchi Declamationibus quae sunt De Alexandri Fortuna* (Berliner Beiträge für Klass. Philologie), Berlín, 1895, págs. 38-44.

⁹ Cf. *Mor.* 341A-C y *Vida de Alejandro* XVI 673A, y ARRIANO, *Anáb.* I 15, 7, y DIOD. XVII 20.

¹⁰ Cf. *Vida de Alejandro* XX 675F.

¹¹ *Ibid.* XXV 679B, y ARRIANO, *Anáb.* II 27, 2. En Gaza encontró Alejandro una fuerte resistencia. Tardó dos meses en conquistar la ciudad.

alcanzó un dardo en el tobillo y al caerme de un asiento rodé pesadamente sobre mi hombro. En Maracanda¹² por un dardo se me partió en dos el hueso de la pierna. Y después las heridas de los indios y las violencias de los ánimos. Entre los de Aspasia¹³ el hombro me fue alcanzado por un dardo y entre los de Gandridas¹⁴ la pierna. Entre los de Malo¹⁵ una punta de flecha, disparada por un arco, se me introdujo en el pecho y el hierro quedó hundido; y me golpeé en el cuello con un palo cuando las escaleras que habíamos puesto junto a las murallas se rompieron. A mí la Fortuna sólo me puso impedimentos, favoreciendo por tal hecho no a ilustres adversarios sino a bárbaros desconocidos. Pero si Ptolomeo no me hubiera cubierto con su escudo, si Limneo no hubiera caído al ofrecer ante mí resistencia a innumerables dardos y si los macedonios no hubieran derribado la muralla con fuerza y violencia, aquella aldea bárbara y sin nombre sería necesariamente la tumba de Alejandro».

3. He aquí las experiencias propias de su expedición: tormentas, sequías, ríos profundos, cimas sin aves¹⁶, espectáculos prodigiosos de fieras, formas salvajes de vida, cambios de poderes y dobles traiciones. Y las de antes de la expedición: Grecia, en efecto, aún estaba convulsionada como consecuencia de las guerras contra Filipo, Tebas

¹² Ciudad ocupada por Alejandro en el año 329 a. C. (cf. *Mor.* 341B, y *ARRIANO, Anáb.* III 30, 11).

¹³ Cf. *ARRIANO, IV* 23, 3.

¹⁴ En la India.

¹⁵ Vivían en la ribera del Hidraotas (actual Ravi), afluente del Indo. Este pueblo era célebre por su carácter belicoso. Cf. *Mor.* 341C y 343E; *Vida de Alejandro* LXIII (7008), y *ARRIANO, Anábasis* VI 9, 10; *DIOD.*, XVII 98; *ESTRABÓN, XV* 1, 33, y *Q. CURCIO, IX* 4.5.

¹⁶ Cf. *Mor.* 181C; *ARRIANO, Anáb.* IV 28, y *DIOD.*, XVII 85.

empezaba a levantarse tras su caída y sacudía de sus armas el polvo de Queronea, y Atenas extendía sus brazos para unirse a Tebas. Toda Macedonia estaba podrida con la mirada puesta en Amintas y los hijos de Erope. Los ilirios se rebelaron de nuevo y los problemas escitas amenazaban a sus vecinos macedonios que tramaban una revolución. El oro persa, que fluía por doquier en manos de los caudillos populares agitaba al Peloponeso¹⁷. Los tesoros de Filipo, en cambio, carecían de dinero y aún tenían una deuda de doscientos talentos, según Onesícrito cuenta¹⁸. En tal situación de penuria y en unas circunstancias revueltas, un joven¹⁹ que hacía muy poco había pasado la edad infantil tuvo la osadía de aspirar a Babilonia y Susa y, aún más, de concebir la idea del dominio absoluto²⁰ sobre todos los hombres con la confianza puesta en los treinta mil soldados de a pie y cuatro mil de caballería que poseía. Pues éste era el número, según Aristobulo dice. Y según el rey Ptolomeo tenía treinta mil soldados de a pie y cinco mil de caballería. Y según Anaxímenes cuarenta y tres mil de a pie y cinco mil quinientos de a caballo. Y la brillante ayuda que le preparó la Fortuna fue de setenta talentos según afirma Aristobulo aunque Duris²¹ dice que ésa era la provisión de sólo treinta días.

¹⁷ Sobre los antecedentes históricos y sociales del cuadro político que encontró Alejandro, cf. V. STRUVE, *Historia de la Antigua Grecia*, Madrid, 1974, págs. 769-783, y G. WILL, C. MOSSEY, P. GOUKOWSKY, *Le IV^e siècle et l'époque hellénistique*, Paris, 1975.

¹⁸ Cf. PLUT., *Mor.* 342D, y *Vida de Alejandro* XV 672A; ARRIANO, *Anáb.* I II, 3, y VII 9, 6.

¹⁹ A los dieciséis años se hizo cargo de los asuntos de Estado, a los dieciocho años destacó en Queronea como excelente estratega y a los veintidós venció al ejército persa en Gránico. Cf. J. F. C. FÜLLER, *The Generalship of Alexander the Great*, Londres, 1958, y A. R. BURN, «The Generalship of Alexander», *Greece and Rome* XII, 1955.

²⁰ Cf. POL., XII 19, DIOD., XVII 4.

²¹ MÜLLER, *o. c.*, II 472.

4. ¿Era, acaso, Alejandro un insensato y un precipitado para lanzarse desde una situación así de precaria a conquistar un poder tan grande? Desde luego, no; ¿pues quién despegó con unas bases mejores o más nobles que él, a saber, magnanimidad, inteligencia, moderación, valor²², con las que la filosofía le proveyó para su campaña? Sí, cuando cruzó el río contra los persas, la impedimenta que llevaba gracias a su maestro Aristóteles era mayor que la F que le había proporcionado su padre Filipo. Creemos —porque veneramos a Homero— a quienes escriben que Alejandro dijo en una ocasión que la *Iliada* y la *Odisea* le acompañaban como parte de su equipo de campaña. Pero ¿censuraríamos a quien dijera que la *Iliada* y la *Odisea*²³ le seguían como alivio del cansancio y entretenimiento del dulce ocio, pero que su equipo, en realidad, lo formaban el 328 discurso filosófico y los tratados sobre la audacia, la valentía, y también sobre la moderación y la magnanimidad? Porque está claro que Alejandro no escribió sobre silogismos ni sobre axiomas, no se paseó por el Liceo ni expuso tesis en la Academia, pues de acuerdo con esto definen la filosofía quienes la consideran palabra y no obra. Pues bien, ni Pitágoras escribió ni Sócrates ni Arcesilao ni Carnéades, los más reputados filósofos. Y ellos no estaban ocupados por unas guerras como éstas, ni civilizaban a B reyes bárbaros, ni fundaban ciudades griegas en pueblos sin civilizar ni avanzaban enseñando los principios de la ley y de la paz a tribus ignorantes y sin ley, sino que a pesar de su ocio dejaban lo de escribir para los sofistas. ¿De dónde, pues, creemos que aquéllos filosofaban? De lo que dijeron

²² Aristóteles, maestro de Alejandro, diserta sobre cada una de estas virtudes en su *Ética a Nicómaco*.

²³ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* VIII 668D y XXVI 679C-D, y PLINIO, *Hist. Nat.* VII 29, 108.

o por el modo en que vivieron o por las cosas que enseñaron. Júzguese también a Alejandro por eso. Pues, por lo que dijo, por lo que hizo y por lo que enseñó, se verá que fue un filósofo²⁴.

5. Y, en primer lugar, si quieres, examina lo más paradójico comparando los discípulos de Alejandro con los de Platón y Sócrates. Estos enseñaban a discípulos bien dotados y de la misma lengua y si no entendían ninguna otra cosa, comprendían, al menos, la lengua griega. Y aún así no convencieron a muchos, sino que los Critias, los Alcibiades y los Clitofontes escupían su palabra como si fuera una rienda y se volvieron en otra dirección. Y si te fijas en la pedagogía de Alejandro, educó a los hircanos²⁵ en el respeto al matrimonio, enseñó a los aracosios a cultivar la tierra y persuadió a los sogdianos a cuidar de sus padres y no matarlos y a los persas a respetar a sus madres pero no a casarse con ellas²⁶. Maravillosa filosofía por la que los indios adoran a las divinidades griegas y los escitas entierran a sus muertos en lugar de devorarlos. Admiramos el poder de Carnéades²⁷ porque hizo adoptar costumbres

²⁴ Interesante perfil biográfico de Alejandro, que aparece no sólo como hombre de acción, sino también de pensamiento. Sobre este aspecto de la personalidad de Alejandro cf. «Der "rationale" Alexander», en *Frankfurt Althist. Stud.*, V, Francfort, 1971.

²⁵ Cf. *Mor.* 449D; HDT., I 216, III 99 y IV 26; ESTR. XI 4, 3; EL., *Hist. Var.* IV 1, y PORFIRIO, *De Abst.* IV 21.

²⁶ Cf. DIÓG. LAER., IV 67 y ATENEO, 402C.

²⁷ El más célebre filósofo de la Academia Media, natural de Cirene, adquirió la ciudadanía ateniense. Gozó de una larga vida dedicada a la filosofía y murió en el 120 a. C. a los ochenta y cinco años. Renovó las bases del escepticismo y propugnó, puesto que consideraba imposible alcanzar un criterio de verdad, la suspensión de juicio o (*epoche*). Frente al fatalismo estoico defendió el libre albedrío. Son conocidas sus tesis contra la existencia de dioses y todo tipo de supersticiones. Fue discípulo suyo Cicerón.

griegas a Clitómaco, llamado antes Asdrúbal, cartaginés de D origen²⁸. Admiramos el carácter de Zenón²⁹ porque persuadió a Diógenes el Babilonio a que se dedicara a la filosofía. Pero cuando Alejandro civilizaba Asia, se leía a Homero, y los niños de Persia, de Susa y de Gedrosia cantaban las tragedias de Sófocles y Eurípides³⁰. Sócrates fue condenado ante los atenienses por los sicofantas³¹, porque introducía divinidades extranjeras. A través de Alejandro, en cambio, Bactria y el Cáucaso adoraron a las divinidades griegas. Platón, en efecto, escribió sobre un gobierno E ideal³² pero no convenció a nadie para ponerlo en práctica por su severidad. Alejandro, en cambio, fundó más de setenta ciudades en pueblos bárbaros y sembró Asia de magistraturas griegas y se impuso así sobre su modo de vivir salvaje e incivilizado. Pocos leemos las *Leyes* de Platón pero muchos hombres hicieron uso y aún lo hacen de las de Alejandro. Los que fueron conquistados por Alejandro son más felices que quienes escaparon a su mano³³. Pues nadie puso fin a las desdichas en que éstos vivían, en tanto que el vencedor llevó a aquéllos a una vida de felicidad. De modo que sería muy justo aplicar a las ciudades conquistadas por Alejandro el dicho de Temístocles, quien, cuando en el destierro obtuvo grandes regalos del rey, recibió tres ciudades que le pagaban tributo, una para el pan, F otra para el vino y otra para la carne, y exclamó: «Hijos, debiéramos perecer de no haber perecido ya»³⁴. Más justo sería decir esto respecto a quienes fueron sometidos por

²⁸ Cf. DIÓG. LAER., IV 67, y CIC., *Luc.* 98.

²⁹ Cf. *Mor.* 605B.

³⁰ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* VIII 668E.

³¹ Cf. PLATÓN, *Apología* 248, y JEN., *Mem.* I 1, 1.

³² En *La República*.

³³ Debido a su política conciliatoria con los pueblos que ocupaba.

³⁴ Cf. *Mor.* 185F.

Alejandro; no estarían civilizados si no hubieran sido dominados. Egipto no poseería Alejandría³⁵ ni Mesopotamia Seleucia³⁶ ni Sogdiana Proftasia³⁷ ni India Bucefalia³⁸ ni el Cáucaso tendría una ciudad griega vecina³⁹. Con estas fundaciones se extinguió lo salvaje y lo peor se habituó a lo mejor y cambió de signo. Pues bien, si los filósofos se jactan de cambiar y suavizar costumbres duras y carentes de instrucción, y Alejandro parece que ha cambiado muchísimos pueblos de naturaleza salvaje, puede considerársele con toda razón un gran filósofo.

6. De cierto, la muy admirada *República*⁴⁰ de Zenón⁴¹, fundador de la secta estoica, se resume en este único principio: que no vivamos separados en comunidades y ciudades y diferenciados por leyes de justicia particulares sino que consideremos a todos los hombres conciudadanos de una misma comunidad y que haya una única vida y un único orden para todos como un rebaño que se cría y paca unido bajo una ley común⁴². Esto lo escribió Zenón como

³⁵ Ciudad fundada por Alejandro en el año 331 a. C. Sobre su fundación cf. A. BERNARD, *Alexandrie la Grande*, París, 1966, págs. 38 ss., y P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972.

³⁶ Ciudad fundada por Seleuco en el año 300 a. C.

³⁷ Fundada por Alejandro en el 330 a. C. Se la identifica con la actual Farah de Afganistán.

³⁸ La fundó Alejandro en el año 326 a. C. (cf. ESTR., XV 1, 29; ARRIANO, *Anáb.* V 19, 4, y K. NARAIN, «Alex. in India», *Greece and Rome XII*, 1965, págs. 155 ss.).

³⁹ Se refiere a Alejandría del Cáucaso, fundación del 327 a. C. (cf. ARRIANO, *Anáb.* III 28, 4; IV 22, 5, y V 1, 5, y DIOD., XVII 83).

⁴⁰ Cf. PLUT., *Mor.* 653E; *Vida de Licurgo XXXI 59A CIC.*; *De leg.* I 7-11 (21-32); *De off.* I 7, 22, y DIÓG. LAER., VII 32-34, 121, 129, 131.

⁴¹ 332-262 a. C.

⁴² Según E. WILL. (*o. c.*, pág. 638, n. 1), esta visión de una humanidad cosmopolita que propone Zenón en sus comienzos está aún impregnada de ideal cínico.

si modelara un sueño o una imagen de un gobierno y de una buena constitución filosófica; pero Alejandro, en cambio, suministró a la palabra la acción. Pues no trató a los griegos como caudillos y a los bárbaros despóticamente, como Aristóteles⁴³ le había aconsejado, ni se preocupó de los primeros como valientes y amigos ni se comportó con los otros como si fueran plantas o animales, pues esto habría llenado su gobierno de muchas guerras, destierros y de enconadas sediciones. Por el contrario, se consideraba enviado por la divinidad como gobernador común y árbitro de todos y a quienes no anexionaba por la palabra lo hacía con las armas por la fuerza con el fin de reunir los elementos diseminados en un mismo cuerpo, como mezclando en una amorosa copa las vidas, los caracteres, los matrimonios y las formas de vivir⁴⁴. Ordenó que todos consideraran al mundo su patria, al ejército su fortaleza y protección, parientes a los buenos y extraños a los malos. Y que el griego y el bárbaro no se diferenciaron por la clámide y el escudo ni por la daga y el caftán sino que el griego se señalara por su virtud y el bárbaro por su maldad. Y que consideraran comunes el vestido, la alimentación, el matrimonio y las formas de vida y que se mezclaran por la sangre y los hijos.

7. Demarato, el corintio, huésped y amigo de Filipo⁴⁵, cuando vio a Alejandro en Susa, se alegró mucho y dijo⁴⁶ con lágrimas que los griegos que habían muerto antes, se habían privado de una gran alegría porque no vieron a Alejandro sentado en el trono de Darío. Yo, por Zeus, no

⁴³ Frag. 658 (Ed. V. ROSE.).

⁴⁴ Cf. ARRIANO, *Anáb.* VII 11, 8-9.

⁴⁵ Cf. PLUT., *Mor.* 70C, y *Vida de Alejandro* IX 669C.

⁴⁶ *Ibid.* XXXVII 687A; LVI 696F, y *Vida de Agesilao* XV 604A.

envidio por este espectáculo a quienes lo vieron porque fue obra de Fortuna y algo común también a otros reyes. Pero pienso que de muy buen grado hubiera sido espectador de aquella noble y sagrada ceremonia nupcial cuando reunió en una sola tienda cubierta de oro a una mesa y banquete común a cien novias persas y a cien novios macedonios y E griegos⁴⁷. Alejandro mismo, coronado con una guirnalda, fue el primero en entonar el himno nupcial, como si cantara una canción de amistad a los pueblos más grandes y poderosos que se unían por lazos de intimidad. Él, novio de una joven, y acompañante de todas las novias, además de padre y padrino, los unió a todos en matrimonio. Yo diría con gusto: «¡Bárbaro e insensato Jerjes, en vano te esforzaste mucho en el puente del Helesponto. Así unen los F reyes sensatos Asia con Europa: no con maderas ni con balsas ni con ataduras sin vida y sin sentimiento sino con amor legal y castos matrimonios uniendo los pueblos por la relación de sus hijos.

8. Atendiendo a este orden de cosas Alejandro no aceptó el vestido medo sino el persa por ser mucho más sencillo que el medo. Rechazó lo extraño y teatral del ornato bárbaro como la tiara, el caftán y los pantalones. 330 Vestía con un traje mezcla de la moda persa y macedonia⁴⁸, según nos ha contado Eratóstenes. Como filósofo adoptaba una cierta indiferencia, pero como soberano común y rey humanitario, se atrajo la benevolencia de los pueblos conquistados por el respeto a su vestimenta para que continuaran amando firmemente a los macedonios

⁴⁷ Este párrafo es de especial interés para captar el espíritu y la manera de sentir de Plutarco. Nos da también noticia de estos hechos en *Vida de Alejandro* LXX 703E; cf. ARRIANO, *Anábasis* VII 4; DIODORO, XVII 107; ATENEO, 538B-E, y EL., *Hist. Var.* VIII 7.

⁴⁸ Cf. DIOD., XVII 77.

como gobernantes y no los odiaran como enemigos⁴⁹. Era, en efecto, propio de un alma ignorante y cegada por la soberbia el hecho de admirar la clámide de un solo color y mostrar disgusto por una túnica con borde de púrpura o, a la inversa, desdeñar aquello y quedar atónito ante esto afe-
rrándose, como un niño pequeño al vestido con el que la B
costumbre tradicional, cual niñera lo había ataviado. Los hombres, cuando van a cazar animales, se revisten de pieles de ciervo y, cuando se disponen a la caza de aves, se cubren de túnicas con plumas y se guardan de ser vistos por toros cuando van de rojo, y por elefantes, cuando llevan túnicas blancas⁵⁰, pues estos animales se excitan y se enfurecen brutalmente por estos colores. Pero si un gran rey al domar y apaciguar a pueblos irreflexivos y guerreros como anima-
les, los calmó y los contuvo gracias a formas de vida que
eran habituales y a modos de vestir familiares conciliando C
así su descontento y consolando su tristeza, ¿se le puede censurar? ¿No se admirará su sabiduría puesto que con un cambio circunstancial de formas, se convirtió en el jefe popular del Asia, conquistando sus cuerpos con las armas y atrayendo sus almas con las formas de vestir? Cierta-
mente, se admira al socrático Aristipo⁵¹ porque ya llevara un sencillo capote o una túnica milesia, en una u otra, con-
servaba su distinción. Se censura, en cambio, a Alejandro porque, aún respetando el atuendo tradicional, no desdeñó el de los conquistados cuando establecía los fundamentos de un gran imperio. Pues no recorrió el Asia a modo de D
bandido ni estaba en su mente saquearla y arrasarla cual

⁴⁹ En todo momento Plutarco presenta a Alejandro como un monarca tolerante y sumamente respetuoso con la idiosincrasia de los pueblos que conquistaba.

⁵⁰ Cf. *Mor.* 144D.

⁵¹ Cf. *DIÓG. LAER.*, II 67, 78.

presa y botín de una inesperada buena fortuna, como hizo después Aníbal al invadir Italia y antes los treses⁵² al pasar por Jonia y los escitas⁵³ por Media. Alejandro quería que toda la tierra estuviera sometida a una única razón y a un único gobierno y que todos los hombres se revelaran como un único pueblo⁵⁴, y así se formó él mismo. Y si la divinidad, que envió su alma aquí, no le hubiera reclamado tan deprisa, una única ley regiría a todos los hombres y todos mirarían a una única justicia como a una luz común⁵⁵. Pero ahora una parte de la tierra, la que no conoció a Alejandro, permanece sin luz del sol.

9. Por tanto, en primer lugar, el proyecto de su expedición le presenta como un filósofo, pues no pensaba prepararse para sí una vida de lujo y de magnificencia, sino procurar a todos los hombres una mutua concordia, paz y comunidad de intereses⁵⁶. Y, en segundo lugar, conocemos también sus dichos, pues precisamente por los dichos las almas de otros reyes y dinastas proyectan de manera óptima sus caracteres⁵⁷. Antígono el Mayor, cuando un sofista le entregó un tratado sobre justicia, le dijo: «Eres muy necio al hablar de justicia cuando ves que estoy afligiendo a otras ciudades». Dionisio el Tirano aconsejaba que se engañara a los niños con astrágalos y a los hombres

⁵² Cf. ESTR., I 3, 21, y XI 8, 4.

⁵³ Cf. HDT., I 15, 103-106.

⁵⁴ Cf. Probablemente Plutarco proyecta sus propias ideas políticas basadas en la filosofía estoica en el proyecto político de Alejandro.

⁵⁵ Optimismo de la bonhomía plutarquea.

⁵⁶ Para una visión más crítica sobre la actitud de Alejandro, cf. A. DÍAZ TEJERA, *Encrucijada de lo político y lo humano (Un momento histórico de Grecia)*, Sevilla, 1972.

⁵⁷ Esta idea se manifiesta también en el prólogo de *Máximas de Reyes y Generales* (Mor. 172D).

con juramentos⁵⁸. Sobre la tumba de Sardanápalo⁵⁹ está inscrito

esto tengo, cuanto comí y provoqué.

¿Quién no afirmaría que de estas máximas se desprende el amor al placer de Sardanápalo, la impiedad de Dionisio y la injusticia y ambición de Antígono? De las de Alejandro⁶⁰, en cambio, si sustraes su corona, su parentesco con Ammón y su nobleza de nacimiento, se te aparecen como las de Sócrates, Platón o Pitágoras. No vamos a examinar³³¹ las alabanzas que los poetas grabaron en sus retratos y estatuas, que apuntaban no a la moderación de Alejandro sino a su poder. En la escultura en bronce, en la que mira a Zeus, parece que le va a decir: «La tierra la he puesto bajo mis pies. Zeus, tú, ocúpate del Olimpo»⁶¹. Y «yo, Alejandro, soy hijo de Zeus»⁶². Efectivamente, como dije, los poetas decían esto adulando su fortuna⁶³.

Pero de las máximas de Alejandro se podrían revisar en primer lugar las de su juventud. Por ser, efectivamente, el joven más ágil de su edad⁶⁴ y, dado que sus compañeros le insistían en que se presentara a los Juegos Olímpicos, preguntó si contendían reyes. Al decirle que no, dijo que la competición era injusta, pues en ella o bien vencería a personas particulares o bien un rey sería vencido. Cuando a su padre Filipo le atravesaron el muslo con una punta de

⁵⁸ En *Mor.* 229B se atribuye este dicho a Lisandro.

⁵⁹ Legendario rey asirio; sobre la inscripción, cf. *Ant. Pal.* VII 325 y XVI 27.

⁶⁰ En la colección de *Máximas de Reyes y Generales* (*Mor.* 179D-181F) se recogen 34 *apophthégmata* atribuidos a Alejandro.

⁶¹ Cf. *Ant. Pal.* XVI 120, y *Mor.* 335B.

⁶² Cf. *PLUT.*, *Vida de Alejandro* XXVII 680F.

⁶³ Plutarco resta importancia al anhelo de grandeza de Alejandro.

⁶⁴ Cf. *Mor.* 179D y *Vida de Alejandro* IV 665D.

lanza en Tríbalos y, a pesar de haber salido del peligro, sufría por la cojera, le dijo: «Ánimo, padre, avanza con serenidad para que en cada paso recuerdes tu valor»⁶⁵. ¿No es propio de una mente de filósofo rebelarse contra la inferioridad del cuerpo a causa del entusiasmo por acciones nobles? ¿Cómo piensas que Alejandro se iba a enorgullecer de sus propias heridas si no fuera porque cada una de las partes afectadas le recordaba un pueblo, una victoria, ciudades tomadas y reyes sometidos? No encubría ni ocultaba sus cicatrices sino que las llevaba grabadas en su cuerpo como imágenes de virtud y valentía.

10. Y de haber habido en los ratos de ocio o en los banquetes una comparación de los versos de Homero, de manera que cada hombre eligiera un verso, Alejandro hubiera juzgado éste como el más excelente de todos:

*Las dos cosas es, buen rey y esforzado combatiente*⁶⁶.

D Este elogio, que otro anterior en el tiempo ya había recibido, Alejandro resolvió que quedaría como ley para él, hasta el punto de decir que Homero en el mismo verso había celebrado la valentía de Agamenón y profetizado la de Alejandro. Por esto al pasar el Helesponto contempló Troya representándose las hazañas heroicas⁶⁷. Y cuando

⁶⁵ En *Mor.* 241E, Plutarco pone en boca de una mujer espartana una máxima muy similar a ésta.

⁶⁶ Cf. *HOM.*, *Il.* III 179. Véase también *JEN.*, *Mem.* III 2, 2.

⁶⁷ Ocurría en el año 334 a. C.; cf. *PLUT.*, *Vida de Alejandro* XV 672B, en donde se relata que Alejandro en Troya hizo un sacrificio a Atenea y libaciones a los héroes. Asimismo, en la tumba de Aquiles, tras ungirse y correr desnudo con sus compañeros, «depositó coronas y lo llamó bienaventurado porque en vida tuvo un amigo leal y tras su muerte un gran heraldo de su gloria».

uno de los nativos le prometió darle, si lo deseaba, la lira de Paris, le dijo: «No necesito para nada la lira de éste, pues tengo la de Aquiles con la que descansaba de sus trabajos y

*cantaba las glorias de los hombres*⁶⁸,

la de Paris, en cambio, entonaba tan sólo una blanda armonía femenina para canciones amorosas».

E

Pues bien, es propio de una alma de filósofo amar la sabiduría y admirar muy especialmente a los hombres sabios. Esto era connatural a Alejandro como a ningún otro rey. Ya se ha dicho cuál era su actitud ante Aristóteles⁶⁹ y cuentan muchos autores que consideraba al músico Anaxarco⁷⁰ el más estimado de sus amigos, que dio diez mil monedas de oro a Pirrón de Elis⁷¹ cuando se lo encontró por primera vez, que a Jenócrates⁷², el amigo de Platón, le envió cincuenta talentos de regalo⁷³ y a Onesí-

⁶⁸ Cf. HOM., *Il.* IX 189.

⁶⁹ Cf. *Mor.* 327F, y *Vida de Alejandro* VII-VIII 668A-F.

⁷⁰ Anaxarco de Abdera: Se sitúa su *akme* entre los años 340-337 a. C. Fue discípulo de Demócrito y maestro de Pirrón de Elis. Acompañó a Alejandro en sus campañas. Defendió el ritual de la *proskýnēsis*, que intentó imponer Alejandro a sus súbditos, ritual que atacó vivamente Calístenes, quien, al igual que la mayoría de los griegos y macedonios, veía en él un símbolo degradante del despotismo oriental. El proyecto fue abandonado. Por Clemente de Alejandría en *Strom.* I 36, sabemos que escribió un libro sobre la monarquía, del que nos transmite un fragmento.

⁷¹ Cf. SEXTO EMP., *Contra los matem.* I 282.

⁷² Jenócrates de Calcedonia: discípulo de Platón, dirigió la Academia del 339 al 312 a. C. Según testimonio de DIÓG. LAERCIO (IV 11-12), escribió mucho y sobre temas muy diferentes, pero sus escritos fueron quemados cuando los soldados de Sila tomaron Atenas.

⁷³ De los que sólo aceptó tres mil dracmas, esto es, una décima parte de lo que le ofrecía.

crito⁷⁴, el discípulo de Diógenes el Cínico, lo hizo jefe de los pilotos de su flota.

F Cuando llegó a conversar personalmente con Diógenes⁷⁵ en Corinto, tanto se estremeció y sorprendió por la vida y categoría de aquel hombre que con frecuencia cuando lo recordaba decía: «Si yo no fuera Alejandro, sería Diógenes», es decir, «me ocuparía de la filosofía teórica si no filosofara a través de mis obras». No dijo «si no fuera rey sería Diógenes» ni «si no fuera rico y Argéada», pues
 332 no prefería la fortuna a la sabiduría ni la púrpura y la corona a la alforja y al capote, sino que dijo: «Si no fuera Alejandro, sería Diógenes», esto es, «si yo no pensase mezclar lo bárbaro con lo griego, atravesar y civilizar cada continente, descubrir los confines de tierra y mar, llevar las fronteras de Macedonia al Océano y sembrar y diseminar la recta justicia y paz de Grecia por cada nación, no estaría sentado viviendo lujosamente en inútil abundancia sino que emularía la frugalidad de Diógenes; pero ahora perdona, Diógenes, pues imito a Heracles y emulo a Perseo y
 B siguiendo las huellas de Dioniso⁷⁶, dios fundador de mi familia y antepasado mío, quiero que los griegos vencedores dancen otra vez en India y que reaviven el recuerdo de las

⁷⁴ Piloto del barco que condujo a Alejandro en su expedición a la India. Escribió una historia de las hazañas de Alejandro muy consultada en la Antigüedad. Su propósito parece que fue presentarle como paradigma del filósofo gobernante (cf. PLUT., *Vida de Alejandro* LXV-LXVI 701C-702A; DIÓG. LAER., VI 84, y ARRIANO, *Anáb.* VI 2-3 y VII 5-6).

⁷⁵ El Cínico, cf. *Mor.* 782A-B; *Vida de Alejandro* XVI 671D; DIÓG. LAER., VI 32, y VAL. MÁX., IV 3, 4. El cinismo es la primera escuela filosófica en el tiempo de las tres que surgen en época helenística. Diógenes muere en el 327, un poco antes de que naciera Zenón, el fundador de la Estoa y veinte años antes de que Epicuro se estableciera en Atenas (cf. C. GARCÍA GUAL, M. J. IMAZ, *Filosofía Helenística. Ética y Sistemas*, Madrid, 1986, y C. GARCÍA GUAL, *La Secta del perro*, Madrid, 1987).

⁷⁶ Cf. ARRIANO, *Anáb.* IV 10, V 26.

fiestas báquicas entre los salvajes montañeses del otro lado del Cáucaso. Allí algunos dicen que existen unos hombres consagrados, independientes, habituados a una rígida gimnosofía⁷⁷ y que dedican todo su tiempo a la divinidad; son más frugales que Diógenes pues no necesitan ni alforjas, ya que no aprovisionan comida, pues la tienen siempre reciente y fresca de la tierra. La corriente de los ríos les proporciona bebida y se acuestan sobre las hojas caídas de los árboles y la hierba de la tierra. A través mío éstos conocerán a Diógenes y Diógenes a ellos. Pues yo también debo alterar la moneda⁷⁸ y reacuñar los estados bárbaros con la impresión de una forma de gobierno griega».

11. Sea, ¿muestran las obras de Alejandro el capricho de la Fortuna, la violencia de la guerra y el poder de conquistas o revelan una gran valentía y justicia, gran moderación y suavidad, además de disciplina e inteligencia de alguien que hizo todo esto con razonamiento sobrio y sensato? Pues, por los dioses, no me es posible analizar sus obras y decir: esto se debe a su valentía, esto a su humanidad y esto al dominio de sí mismo sino que cada una de sus acciones parecía ser mezcla de todas las virtudes. Esto confirma aquel dicho estoico de que cada cosa que el sabio hace, la efectúa de acuerdo con todas las virtudes. Y aunque, al parecer, una sola virtud es la protagonista de cada acción, convoca, no obstante, a las demás y las dirige a su

⁷⁷ Los *gymnosofistai* eran unos ascetas indios que vivían desnudos (*gymnoi*) por los bosques y se alimentaban de los frutos que la naturaleza les proporcionaba. Practicaban la oración, la castidad, el dominio de sí mismos y llevaban un régimen de vida severo y estricto. Alejandro en la India entró en contacto con ellos (cf. PLUT., *Vida de Alejandro* LXIV-LXV 700F-702A, y PS. CALIST., *Vida y Hazañas de Alejandro de Macedonia* III 6).

⁷⁸ Cf. DIÓG. LAER., VI 20, y JULIANO, *Or.* VI 188A-VII 211C.

fin. En todo caso puede verse en Alejandro que lo guerrero es humano, viril lo suave, económico lo generoso, apacible lo irascible, prudente lo amoroso, activo lo relajado y no sin solaz lo laborioso. ¿Quién mezcló fiestas con guerras?; ¿quién expediciones militares con bullangueros festines?; ¿quién ritos báquicos, bodas y cantos nupciales con asedios y batallas campales?; ¿quién fue más hostil con los injustos E o más amable con los desafortunados?; ¿quién fue más agobiante con los oponentes o más bondadoso con los necesitados?

Se me ocurre introducir aquí la anécdota de Poro⁷⁹. Cuando éste fue llevado ante Alejandro como prisionero, al preguntarle Alejandro cómo debía tratarle, le respondió: «Como a un rey, Alejandro» y al preguntarle de nuevo: «¿nada más?», dijo: «no, pues todo está incluido en él como un rey». Y a mí sobre las hazañas de Alejandro siempre se me ocurre exclamar: «como un filósofo». Pues en esta expresión está incluido todo. Alejandro se enamoró de Roxana⁸⁰, la hija de Oxiartes, cuando bailaba entre las cautivas, y no la ultrajó, sino que se casó con ella, ¡como F un filósofo! Cuando vio que Darío⁸¹ había sido herido de muerte por una jabalina, no ofreció sacrificios ni cantó un peán en señal de que la gran guerra llegaba a su fin sino que se quitó su clámide y la puso sobre el cadáver como

⁷⁹ Cf. *Mor.* 181E y 458B, *Vida de Alejandro* LX 669C, y ARRIANO, *Anáb.* V 19, 2. La anécdota que se relata tuvo lugar en Junio del año 326 a. C.

⁸⁰ Cf. *Mor.* 338D, *Vida de Alejandro* XLVII 691E; ARRIANO, IV 19, y Q. CURCIO, VIII 4. Roxana fue capturada en la roca Sogdiana en el año 327 a. C. Señala E. CRESPO (*Plutarco, Vidas Paralelas*, Madrid, 1983, pág. 92, n. 180) que, aunque en todas las fuentes antiguas predominaban las razones amorosas sobre las políticas, mediante este matrimonio se vinculó Alejandro a la nobleza de las satrapías orientales, pues Oxiartes, padre de Roxana, era barón de Bactria.

⁸¹ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XLIII 690B.

para cubrir la venganza divina de la suerte real ¡como un filósofo! En otra ocasión, mientras leía una carta confidencial de su madre, Hefestión⁸², como solía suceder, sentado a su lado, iba leyendo con toda tranquilidad junto con él. No se lo impidió sino que le puso el sello de su anillo en la boca para sellar el silencio con un pacto de amistad, ¡como un filósofo! Pues si todas estas cosas no son propias de un filósofo, ¿cuáles otras son?

12. Expongamos comparativamente los hechos de hombres considerados filósofos. Sócrates se abstuvo cuando Alcibíades⁸³ se acostó con él y Alejandro, cuando Filóxeno⁸⁴, el gobernador de la costa, le escribió que había en Jonia un joven como ningún otro en belleza y juventud y le preguntó por carta si se lo enviaba, le replicó amargamente por escrito: «¡Maldito hombre!, ¿qué me has conocido jamás de tal índole para que me adules con tales placeres?»⁸⁵ Admiramos a Jenócrates porque no aceptó los cincuenta talentos que Alejandro le envió de regalo⁸⁶. Pero el hecho de darlos ¿no lo admiramos? o ¿no pensamos que tanto quien da dinero como quien no lo admite lo menosprecia por igual? Por su filosofía Jenócrates no tenía necesidad de riqueza y Alejandro por la suya la necesitaba para favorecer a personas así⁸⁷. ¿Cuántas veces dijo esto Alejandro cuando se introducía en medio de una lluvia de proyectiles? Cierto,

⁸² Cf. *Mor.* 180D.

⁸³ Cf. PLAT., *Banquete* 218C, y DIÓG. LAER., II 31.

⁸⁴ En el año 333 a. C. fue nombrado intendente del ejército y en el 331 recaudador de tributos en Asia Menor.

⁸⁵ La anécdota se repite en *Mor.* 1099D, y en *Vida de Alejandro* XXII 676F, donde se precisa que a tal joven lo tenía en venta Teodoro de Tarento.

⁸⁶ Cf. 331E *supra*.

⁸⁷ En algún manuscrito hay en este lugar una laguna.

consideramos que los juicios rectos son inherentes a todos los hombres, pues la naturaleza por sí misma conduce a lo bello. Pero los filósofos⁸⁸ se diferencian del común de los hombres por tener criterios fuertes y sólidos ante las desgracias, pues el hombre común no actúa con esquemas mentales como: «Un único agüero es lo mejor»⁸⁹ y «la muerte es fin para todos los hombres»⁹⁰, sino que las circunstancias le destruyen los razonamientos ante las desgracias y la presunción de peligros próximos traumatiza los juicios, pues «el temor» no sólo «turba la memoria», como dice Tucídides⁹¹, sino también toda resolución, ambición e impulso a no ser que la filosofía haya puesto sus cuerdas en derredor.

⁸⁸ Cf. *Mor.* 575C y 988D.

⁸⁹ *HOM.*, *Il.* XII 243.

⁹⁰ *DEM.*, XVIII 97.

⁹¹ *Il.* 87.

SOBRE LA FORTUNA O LA VIRTUD DE ALEJANDRO

DISCURSO II

I. Se nos pasó por alto, según parece, decir ayer que la época de Alejandro tuvo la buena fortuna de producir muchas obras de arte y personas dotadas de gran talento natural¹. Sin embargo, no ha formado parte de la fortuna de Alejandro, sino más bien de la de aquéllos, el hecho de haber obtenido un testigo y espectador capaz de juzgar sus éxitos y de recompensarlos de manera muy especial. Se cuenta, en efecto, que en época posterior, cuando Arquétrato, elegante poeta, vivía en penuria y sin fama, alguien le dijo: «Si hubieras vivido en época de Alejandro, te hubiera dado por cada verso un Chipre o una Fenicia». Yo pienso que los principales artistas de entonces llegaron a serlo no por vivir en los días de Alejandro sino gracias a él. Pues un buen clima y la liviandad del aire del entorno producen una buena cosecha, y el favor, estima y humanismo F

¹ Sobre el mundo cultural helenístico pueden consultarse: MÜLLER-GRAUPA, s. v. *Museion*, *R.E.* XVI 1, 1933, col. 801 ss.; E. A. PARSONS, *The Alexandrian Library*, Amsterdam, Londres, Nueva York, 1952; M. P. NILSSON, *Die hellenistische Schule*, Munich, 1955; E. WILL, C. MOSSÉ, P. GOUKOWSKY, *Le monde grec et l'Orient*, París, 1975, págs. 567 ss., y P. E. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972.

de un rey favorece un auge de personas con buen talento natural y de manifestaciones artísticas, y, al contrario, por envidia, mezquindad o rivalidad de los poderosos se extingue y muere todo tipo de tales manifestaciones.

Al menos, el tirano Dionisio², según dicen, al escuchar a un guitarrista de renombre le prometió un talento como regalo. Pero al día siguiente cuando el hombre le preguntó por su promesa, le respondió: «Ayer disfruté contigo y, 334 mientras cantabas, yo también te hice disfrutar con unas esperanzas, de modo que recibiste cumplida recompensa por el placer que proporcionaste, al experimentar, a su vez, placer.» Y Alejandro, el tirano de Feras (debía llamarse sólo esto último y no mancillar el nombre de Alejandro), cuando vio a un actor trágico se sintió emocionalmente movido a la piedad por el placer del espectáculo. Se levantó del teatro y salió más que de prisa diciendo que sería terrible que, después de haber matado a tantos ciudadanos, se le viera llorar por los sufrimientos de Hécuba y B Polixena³. Le faltó poco para poner una denuncia contra el actor por haber ablandado su alma dura como el hierro. A Arquelao⁴, con su fama de ser muy mezquino en sus dádivas, Timoteo se lo insinuaba cantando con frecuencia este estribillo:

la plata nacida de la tierra, tú elogias

y Arquelao no sin inspiración le replicaba:

tú, en cambio, la buscas.

² Cf. *Mor.* 41D-E.

³ Cf. PLUT., *Vida de Pelópidas* XXIX 293F.

⁴ Cf. *Mor.* 177B.

Anteas⁵, el rey de los escitas, después de coger cautivo al flautista Ismenias⁶, le ordenó tocar en un banquete. A pesar de que los demás le admiraron y aplaudieron, Anteas, juró que le era más agradable oír el relincho de su caballo. Tan lejos de las musas habitaban sus oídos, y su alma la tenía en los establos más dispuesta a escuchar no tanto los relinchos de los caballos como los rebuznos de los asnos⁷. ¿Qué promoción o estima de un arte y de una musa c de calidad puede haber entre este tipo de monarcas? Ninguna, entre aquéllos que desean rivalizar en el ejercicio de las artes, y, así, con castigos y mala voluntad depuran a los verdaderos artistas. Así era también Dionisio, quien arrojó al poeta Filóxeno⁸ a las canteras, porque al ordenarle que rectificara una tragedia suya, al punto la desaprobó toda desde el principio hasta el punto final.

En estas cosas incluso Filipo era por su formación tardía más corto e inexperto que Alejandro. Por ello también se cuenta que Filipo⁹ discutió en una ocasión con un tañedor de arpa sobre la técnica del instrumento y pensaba refutarle, pero el hombre le dijo sonriendo: «¡Ojalá, rey, no D llegues a ser tan desgraciado como para saber de esto más que yo!»

2. Pero Alejandro sabía en qué cosas debía ser espectador y oyente y en cuáles otras debía litigar y obrar por

⁵ Reinó en el s. VI, en la época en que los escitas mayor expansión tuvieron en Centro-Europa, ya que se habían unido las diferentes tribus ante los ataques de Darío I. F. C. BABBIT prefiere leer Ateas.

⁶ *Mor.* 174F, 632C y 1095F.

⁷ El pueblo escita nunca tuvo una cultura refinada. Se caracterizaron por ser buenos ganaderos y unos excelentes tiradores de arco.

⁸ Cf. *Mor.* 471E; *Cic.*, *Tusc.* V 22, 63; *EL.*, *Hist. Var.* XII 44; *DIOD.*, XV 6.

⁹ Cf. *Mor.* 67F, 179B y 634D.

cuenta propia; se ejercitaba siempre para ser diestro en las armas y, de acuerdo con Esquilo,

*poderoso guerrero, pesadamente armado, funesto a
[sus adversarios*¹⁰.

Este arte lo heredó de sus antepasados los Eácidas y de Heracles¹¹, y a las demás artes las concedió honor sin envidia de acuerdo con su dignidad y valor artístico. Pero al disfrutarlas no fue poseído, hasta el punto de imitarlas.

Eran los actores trágicos de aquella época¹² los que iban con Tésalo¹³ y Atenodoro¹⁴. En una competición de estos dos grupos, los reyes chipriotas sufragaban el gasto de los coros y los generales de mayor reputación de Alejandro hacían de jueces. Cuando Atenodoro venció, dijo Alejandro: «Hubiera preferido perder parte de mi reino antes de ver a Tésalo derrotado»¹⁵; pero no influyó en los jueces ni censuró el juicio, pues pensaba que debía estar por encima de todos y someterse a la justicia. Los actores cómicos eran los del grupo de Licón, el de Escarfea¹⁶.

¹⁰ Esta misma cita aparece en *Mor.* 317E, y es de HOM., *Od.* XI 41.

¹¹ Insiste Plutarco en que Alejandro era descendiente por línea paterna de Heracles, tal vez para resaltar como rasgo familiar el vigor y la valentía que, como Heracles, poseía Alejandro (cf. *Mor.* 332A, y *Vida de Alejandro* II 665B).

¹² Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XXIX 681D.

¹³ Dirigía una compañía de teatro. Venció en los Dionisias del 347 y del 340 y también en las Lencas del año 347. Según PLUT. (*Vida de Alejandro* X), Alejandro envió a este actor en calidad de diplomático a negociar con Pixodaro, sátrapa de Persia, sobre el asunto de la boda del hijo de Filipo, Arideo, con la hija de este sátrapa, boda que no le placía a Alejandro.

¹⁴ Actor que fue vencedor en las Dionisias del 342 y que se unió a la expedición de Alejandro a Egipto.

¹⁵ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XXIX 681C-D.

¹⁶ *Ibid.*

Cuando éste introdujo en sus comedias un verso solicitando una ayuda, Alejandro rió y le dio diez talentos. Entre otros citaristas estaba Aristónico¹⁷, quien en una batalla acudió en socorro de Alejandro y cayó luchando gloriosamente. Alejandro ordenó que se hiciera y se colocara en Delfos una estatua suya en bronce, en la que se le representara con una cítara y blandiendo la espada. Así honraba no sólo al hombre, sino también ponderaba la música por formar hombres y, muy en especial, por llenar de impulso entusiástico a quienes son sus legítimos hijos. El mismo Alejandro, en efecto, cuando Antigénides¹⁸ tocaba con su flauta la melodía del Carro, quedó tan subyugado y tan inflamado en su espíritu por los acordes de la canción, que se precipitó a coger las armas que estaban próximas, confirmando así el testimonio de los espartanos, que solían cantar:

*el tocar bien la cítara incita a competir con el hierro*¹⁹.

El pintor Apeles y el escultor Lisipo vivieron también en tiempos de Alejandro. El primero pintó a Alejandro blandiendo un trueno²⁰ con una expresión tan real y tan natural, que se decía que de los dos Alejandros, Alejandro, el de Filipo, era invencible pero que Alejandro, el de Apeles, era inimitable. Y cuando Lisipo²¹ esculpió por primera vez a Alejandro con su rostro hacia arriba mirando hacia el cielo (como el propio Alejandro solía mirar con el cuello

¹⁷ Cf. ARRIANO, *Anáb.* IV 16, 7.

¹⁸ Célebre compositor de flauta; fue amigo del poeta Filoxeno y un gran innovador en la música de flauta. Debió de alcanzar su período de auge hacia mediados del s. IV a. C. (cf. *Mor.* 1133E).

¹⁹ Cf. BERGK, *Poet. Lyr. Graec.* pág. 51 Alcmán, frag. 100D.

²⁰ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* IV 666B.

²¹ *Ibid.* y *Mor.* 53D.

ligeramente inclinado hacia un lado) alguien grabó no poco persuasivamente:

En la escultura de bronce, el que mira a Zeus parece estar a punto de decirle: «La tierra la he puesto bajo mis pies; tú, Zeus, ocúpate del Olimpo»²².

Alejandro ordenó a Lisipo que sólo hiciera esculturas suyas²³, pues Lisipo, al parecer, fue el único que grabó en el bronce el carácter de Alejandro y modeló junto con su forma su virtud. Otros quisieron imitar la flexión de su cuello y la suave ternura de sus ojos pero no supieron conservar su expresión viril y leonina. Entre otros artistas estaba Estasícrates²⁴, maestro escultor, que no buscaba nada florido ni agradable ni seductor para la vista pero hacía uso de una magnificencia en manufactura y diseño en nada desmerecedora de la munificencia real. Este se fue al Asia en seguimiento de Alejandro y le criticaba sus pinturas, tallas y esculturas como obras de artistas innobles y cobardes. «Yo, oh rey» —le dijo—, «he concebido el proyecto de realizar la imagen de tu persona en material vivo e impercedero, con raíces eternas y firme e inamovible por su peso, pues el monte Atos de Tracia, por la parte en que más se eleva y es más visible tiene bien proporcionadas superficies llanas y alturas; miembros y articulaciones con proporciones semejantes a las formas humanas y, una vez trabajado y modelado, puede llamarse «estatua de Alejan-

²² *Antol. Pal.* XVI 120; cf. también *Mor.* 331A. Estos versos constituyen en el texto griego un dístico elegíaco.

²³ Cf. HORACIO, *Ep.* II 1, 240; VAL. MÁX., VIII 11, 2; ARRIANO, *Anáb.* I 16, 4, y PLINIO, *Hist. Nat.* VII 37, 125.

²⁴ Aunque Alejandro declinó el tipo de escultura que se ofreció a realizarle, le encontró a faltar, en cambio, a la hora de hacer el monumento funerario de Hefestión (cf. PLUT., *Vida de Alejandro* LXXII 705A).

dro» y serlo. Con sus pies tocaría el mar y en su mano izquierda cogería y llevaría una ciudad habitada por diez mil personas y con la derecha vertería de una copa de libaciones un río perpetuo que desembocaría en el mar. Rechacemos el oro, el bronce, el marfil, las maderas y los tintes de colores y las pequeñas esculturas que se pueden vender, robar y fundir». Alejandro, al oír esto, quedó admirado y lo ^E alabó, pero dijo: «Deja que el Atos permanezca en su puesto, pues ya hay suficiente con el recuerdo de la arrogancia de un solo rey²⁵. A mí me revelará el Cáucaso y la llanura Emodia, el Tanais y el mar Caspio²⁶. Éstas serán las imágenes de mis hazañas».

3. Pero ea, por los dioses, su gran obra se ha realizado y es evidente a los ojos. ¿Existe alguien que, al verla, sospeche que ha surgido por fortuna y que su porte, su disposición y su imagen son puro azar? Nadie, pienso. ¿Qué diremos respecto al que «Blande el trueno» de Apeles?²⁷ ¿Qué, respecto al que recibe su nombre de la lanza?²⁸ ¿Se admite, entonces, que la grandeza de una escultura no podría surgir sin arte y sólo por fortuna, que ofrece y derrama oro, bronce, marfil y abundante riqueza material, pero, en cambio, admitimos que un gran hombre, el mayor de todos cuantos han sido, llegó a su realización sin virtud²⁹ y sólo por fortuna, que le proporcionaba caballos, jinetes, dinero y armas? Estas cosas son un peligro para quien no ha ³³⁶ aprendido a manejarlas y no son poder ni enriquecimiento,

²⁵ Se refiere, sin duda, a Jerjes, que concibió la idea de unir mediante un puente las dos orillas del Helesponto (cf. HDT. VII 34 ss.).

²⁶ Esto es, las zonas conquistadas por él.

²⁷ Cf. *Mor.* 335A y 360D.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ La función que desempeña el arte en la configuración de una escultura es, según Plutarco, la misión que desempeña la *areté* en la realización personal de un proyecto humano.

sino una prueba de su debilidad y pequeñez. Con razón decía Antístenes: «Se debe desear todo lo bueno a nuestros enemigos excepto valentía, pues aquello pertenece no tanto a sus propietarios cuanto a sus conquistadores»³⁰. Por esto dicen que la naturaleza, al dotar al ciervo, el animal más cobarde, de cuernos de extraordinario tamaño y puntas dentadas para su defensa, nos enseña que de nada sirve el poder y las armas a quienes no son capaces de permanecer con audacia en su puesto. Así también la fortuna, al dar con frecuencia a pusilánimes e insensatos fuerza y dominio, con lo que se malogran, ensalza y proclama a la virtud como cualidad única de la nobleza y grandeza de los hombres. Pues si, como dice Epicarmo³¹,

*la mente ve y la mente oye
pero lo demás está sordo y ciego,*

sucede que está carente de razón, pues las sensaciones parecen tener sus propios estímulos. Puede deducirse a partir de sus hechos, que la mente nos ayuda y la mente nos ensalza y es la mente la que vence, la que domina y la que gobierna, lo demás, sordo y sin alma, extravía, agobia y deshonra a los que lo poseen sin virtud³². En efecto, de dos monarcas, Semíramis³³ y Sardanápalo³⁴, cuyo poder y

³⁰ Cf. ESTOBEO IV 362 (HENSE).

³¹ Cf. G. KAIBEL, *Comic. Graec. Frag.* I 137 y *Mor.* 98C.

³² Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 246E.

³³ Legendaria reina de Babilonia, celebrada por su belleza y por su inteligencia. Nació hacia mediados del s. IX a. C. y se calcula que murió en el año 782 a. C. Realizó expediciones hasta Bactria e India, embelleció Babilonia con suntuosos edificios y llevó a cabo una importante política expansionista. A su muerte recibió honores de diosa y el pueblo la rindió culto bajo la imagen de una paloma (cf. HDT. I 184 y III 154, DIOD. II 4-20).

³⁴ Legendario rey asirio, cuya vida de placeres disolutos y excéntricos

dominio era el mismo, Semíramis, a pesar de ser mujer, equipó expediciones, armó las tropas, fundó el imperio babilonio, navegó por el Mar Rojo y subyugó a etíopes y árabes. Sardanápalo, en cambio, aunque nació hombre, se pasaba el día en casa cardando purpúrea lana, sentado con las piernas en alto entre las concubinas. Cuando murió, le hicieron una estatua de piedra que le representaba bailando al estilo bárbaro y rascándose suavemente la cabeza con los dedos. En la estatua inscribieron:

*Come, bebe y haz el amor. Lo demás es nada*³⁵.

Crates³⁶, cuando vio que se alzaba en Delfos una imagen de oro de la cortesana Frine, gritó que eso se había erigido allí como trofeo de la inmoralidad griega. Si se mira la vida de Sardanápalo o su tumba (pienso que no hay diferencia en ellas) se puede decir que esto es un trofeo a los bienes de Fortuna. ¿Qué, pues? ¿Consentiremos en afirmar que la Fortuna alcanzó a Alejandro después de a Sardanápalo y en atribuirle a ella la grandeza y el poder de Alejandro? ¿Qué le concedió más, de lo que los demás reyes obtuvieron de ella? ¿Armas, caballos, proyectiles, dinero, guardias personales? Haga la Fortuna con ello grande a un Arideo³⁷, si es que puede. Haga con ello grande a Oco o a Oarses o a Tigranes, el armenio, o al bitinio Nicomedes. De ellos, Tigranes³⁸, tras de arrojar su corona a los pies de E

le hizo célebre (cf. HDT., II 150; DIOD., II 21, 8 ss.; POL., VIII 12, 3, y CLEM. ALEJ., *Strom.* II 20).

³⁵ ARISTOB., *Frag.* 6; cf. *Mor.* 330F; ATENEO, XII 530B.

³⁶ Cf. ATENEO, XIII 591B.

³⁷ Hijo de Filipo de Macedonia. Sus facultades mentales estaban muy disminuidas.

³⁸ Rey de Armenia, cf. PLUT., *Vida de Pompeyo* XXXIII 637A, *Comp. de Cimón y Lúculo* III 522E, y VAL. MAX., V 1, 10.

Pompeyo, recobró ignominiosamente su reino, convertido en despojo de guerra. Y Nicomedes³⁹ se afeitó la cabeza, se puso un gorro frigio⁴⁰ y se proclamó a sí mismo liberto de los romanos.

4. ¿Vamos a decir, entonces, que la Fortuna hace a los hombres mezquinos, pusilánimes y miserables —no es justo atribuir la maldad al infortunio y la valentía y la inteligencia a la buena fortuna— y que, en cambio a Alejandro lo hizo grande en el gobierno...⁴¹ la fortuna? En efecto, fue en él ilustre, invencible, magnánima, inofensiva y humana. F Inmediatamente después de morir Alejandro, Leóstenes⁴² decía que las fuerzas de aquél se estaban derrumbando y andaban extraviadas y que se asemejaban al Cíclope, cuando después de la ceguera extendía sus manos por todas partes sin dirigirlas a ningún lado. Así rodó la grandeza de su poder al resbalar en la anarquía y pisar en el vacío. O más bien, como los cuerpos muertos, cuando el alma los ha abandonado⁴³, no se reorganizan ni crecen sino que se dispersan y se disgregan y, finalmente, se disipan y se van, así las fuerzas de Alejandro, cuando lo perdieron, se convulsionaron, se agitaron y tuvieron una febril 337 existencia con hombres del tipo de Perdicas, Meleagro, Seleuco y Antígono⁴⁴, como si fueran una pulsación y un cálido aliento vital, que aún latiera y circulara por sus venas. Y, finalmente, cuando se debilitaron y se extingui-

³⁹ Cf. POLIBIO, XXX 19; LIVIO, XLV 44; DIOD., XXXI 15; APIANO, *Mithr.* 2.

⁴⁰ Símbolo de la libertad que alcanzaban los libertos.

⁴¹ En este lugar presenta una laguna el texto de los manuscritos.

⁴² En *Mor.* 181F se le atribuye a Demades.

⁴³ Sobre la concepción del alma en Plutarco cf. R. AGUILAR, *La noción del alma personal en Plutarco*, Madrid, 1981.

⁴⁴ Los diádocos.

ron, brotaron en torno a ellas como unas larvas de viles reyes y caudillos que exhalaban su último suspiro. En efecto, al parecer, el mismo Alejandro, cuando reprochó a Hefestión sus discrepancias con Crátero, le dijo: «¿Qué poder o qué hazañas serían las tuyas si alguien te hubiera privado de Alejandro?»⁴⁵. Y yo no vacilaré en decir respecto a su Fortuna de entonces: «¿Cuál sería tu grandeza, cuál tu fama, dónde estaría tu poder, dónde lo invicto, si alguien te hubiera privado de Alejandro?», es decir, «¿si alguien te hubiera privado de la experiencia de las armas, del deseo de la riqueza, de la moderación en el lujo, de la audacia ante aquello por lo que se lucha, de la suavidad hacia aquello que se domina? Haz, si puedes, poderoso a otro que no sea generoso con su dinero, ni se arriesgue en el campo de batalla, ni honre a sus amigos, ni sienta piedad por sus cautivos, ni sea moderado en los placeres, ni esté bien despierto en los momentos de crisis, ni sea clemente en las victorias, ni humanitario en los triunfos. ¿Quién es grande en el ejercicio del poder si la necedad y la perversidad lo acompañan? Quítale la virtud al hombre afortunado y en todo queda pequeño: en generosidad a causa de su mezquindad⁴⁶, en los esfuerzos a causa de su debilidad, en su relación con la divinidad a causa de la superstición, respecto a los buenos a causa de la envidia, entre los hombres a causa del temor y entre las mujeres por su inclinación al placer». Del mismo modo que los malos artesanos al hacer grandes peanas para pequeñas ofrendas, resaltan la pequeñez de éstas, así la Fortuna cuando eleva un carácter mezquino con actos de cierta pompa y renombre, deshonra y prueba mejor lo que es desatinado o inestable por su necedad.

⁴⁵ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XLVII 691F-692A.

⁴⁶ Cf. ARIST., *Ética a Nicóm.* IV 2, 1122A 29.

5. De aquí que la grandeza esté no en la posesión de bienes sino en su uso, pues hasta los niños recién nacidos pueden heredar de sus padres dominios y reinos, como Cárilo⁴⁷, a quien Licurgo llevó en pañales al comedor común y lo proclamó en su lugar rey de Esparta. Y no es que el niño fuera grande sino el que al transmitirle este derecho de su padre, no se lo guardó para sí ni se lo arrebató.

¿Pero quién haría importante a Arideo?⁴⁸ A éste que se diferenciaba de un recién nacido tan sólo porque sus refajos eran de color púrpura, Meleagro lo puso en el trono de Alejandro, e hizo bien, para que se viese en pocos días cómo son los hombres que reinan con virtud y como los que reinan con fortuna. Pues se introdujo como sucesor de un luchador por el poder a un actor o, más bien, a una corona sorda que recorría el mundo como si fuese un escenario.

*Incluso una mujer puede llevar una carga cuando un hombre se la coloca encima*⁴⁹,

y, a la inversa, podría decirse que es propio de una mujer y de un niño recibir y entregar poder, riqueza y dominio. El eunuco Bagoas⁵⁰ recibió el reino de los persas y se lo entregó a Oarses y a Darío. Pero el sostener y administrar un gran poder, una vez recibido, sin quebrantarlo ni des-

⁴⁷ Cf. *Mor.* 189F y 232B-D, y *Vida de Licurgo* III 41A.

⁴⁸ Tras la muerte de Alejandro, la infantería al mando de Meleagro proclamó rey a Arideo, a quien llamaron Filipo III. La caballería, en cambio, prefería como rey al hijo nonato de Roxana y Alejandro, al que al nacer pusieron el nombre de su padre. En relato novelado refleja las intrigas que surgieron a raíz de la muerte de Alejandro por su sucesión, la novelista M. RENAULT en su obra *Juegos Funerarios*.

⁴⁹ ARISTÓF., *Caballeros* 1056.

⁵⁰ Cf. ARRIANO, *Anáb.* II 14, 5; EL., *Hist. Var.* VI 8, y DIOD., XVII 5.

viarlo por el peso y magnitud de los acontecimientos es propio de un hombre virtuoso, inteligente y sensato. Estas virtudes las tenía Alejandro, a pesar de que algunos lo acusaron de borracho porque le gustaba el vino. Pero Alejandro era grande y en los asuntos de estado era sobrio y no se dejaba embriagar ni dominar por su autoridad y su poder, en tanto que otros, al gustar y participar mínimamente de ello, no son capaces de dominarse a sí mismos.

*En efecto, los malvados al llenarse de riqueza o al caer en los honores de la ciudad brincan y danzan cuando la buena fortuna inesperadamente llega a sus casas*⁵¹.

Clito⁵², por haber derribado tres o cuatro naves griegas en Amorgos se hizo proclamar «Poseidón» y solía llevar un tridente. Y Demetrio⁵³, a quien la Fortuna le añadió un poco de poder tras arrebatárselo a Alejandro, consintió en que se le llamara «Bajado del cielo» y las ciudades no le enviaban embajadores sino «emisarios sagrados», y daba las respuestas por oráculo. Lisímaco, cuando tomó posesión de los alrededores de Tracia, que eran como los bordes del reino de Alejandro, llegó a tal punto de arrogancia y audacia, que dijo: «Ahora los bizantinos vienen a mí, cuando toco el cielo con mi lanza». Pero Pasiades de Bizancio⁵⁴, que estaba presente, le respondió: «Retirémosnos no sea que con la lanza agujeree el cielo».

Ciertamente, ¿qué se podría decir de estos hombres, a quienes gracias a Alejandro les era posible sentirse orgullo-

⁵¹ Cf. NAUCK, *Trag. Graec Frag.*, pág. 471; EURÍPIDES, *Erecteo*, núm. 362, 29-31.

⁵² Cf. DIOD., XVIII 15, 9, 72.

⁵³ Cf. PLUT., *Vida de Demetrio* X-XI 893D-E.

⁵⁴ Cf. *Mor.* 633D.

sos, cuando incluso Clearco⁵⁵, al llegar a ser tirano de Heraclea, llevaba un rayo y llamaba a uno de sus hijos Rayo? Y Dionisio se llamó a sí mismo hijo de Apolo en una inscripción:

*He nacido de madre doria por unión con Febo*⁵⁶.

El padre de Dionisio mató a más de diez mil ciudadanos, entregó a su hermano a los enemigos por envidia y no esperó a que su madre, ya anciana, muriera unos días después sino que la estranguló⁵⁷ y él mismo escribió en una tragedia:

*La tiranía es por naturaleza madre de la injusticia*⁵⁸.

No obstante, llamó a una de sus hijas Virtud, a otra Templanza y a una tercera Justicia⁵⁹. Y otros se llamaron a sí mismos «Benefactores», otros «Conquistadores», otros «Salvadores» y otros «Grandes». Pero ninguno podría enumerar de palabra uno tras otro sus matrimonios (como caballos pasaban el día entero entre grupos de mujeres sin límites de ningún tipo) ni las corrupciones de jóvenes ni el repiqueteo de tambores entre los afeminados ni las partidas diarias de dados ni sus flautistas en los teatros ni las noches demasiado cortas para sus cenas ni los días que quedaron cortos para sus almuerzos.

⁵⁵ Cf. MÜLLER, *Frag. Hist. Graec* III, pág. 526; Clearco de Heraclea en el Ponto vivió del 390 al 352 a. C. En el 364 a. C. se hizo con el poder de la ciudad y expulsó a los oligarcas. Construyó la primera biblioteca pública y se dispensó, como hicieron los monarcas helenísticos, honores divinos.

⁵⁶ Cf. BERGK, *Poet. Lyr. Graec.* II, pág. 324, y *Mor.* 176C-E.

⁵⁷ Cf. EL., *Hist. Var.* XIII 45, y *Mor.* 175C-176C.

⁵⁸ Cf. NAUCK, *Trag. Graec. Frag.*, pág. 797; *Dionysius*, núm. 7.

⁵⁹ Cf. PLUT., *Vida de Dión* VI 960C.

6. Alejandro, sin embargo, desayunaba sentado al amanecer⁶⁰ y cenaba al final de la tarde, bebía tras haber sacrificado a los dioses, echaba partidas de dados con Medio cuando tenía fiebre y jugaba mientras viajaba a la vez que aprendía a disparar el arco y a montar en carro. Se casó con Roxana⁶¹, la única mujer a la que amó, y con Estatira⁶², hija de Darío por razones políticas (pues la unión de las dos razas era muy ventajosa). Respecto a otras mujeres persas, les era tan superior en prudencia cuanto era superior a los hombres en valentía. Pues no miraba a ninguna mujer en contra de su voluntad y pasaba de largo más deprisa ante las que miraba que ante las que no miraba⁶³. Y aunque era humano con todos los demás, con los jóvenes bellos se mostraba altivo. Jamás escuchó ni una sola voz que elogiara a la mujer de Darío⁶⁴, realmente muy bella, pero cuando murió dio a su funeral tal solemnidad regia y lloró con tanto sentimiento, que su moderación quedó cuestionada por su comportamiento humanitario y su honradez incurrió en una acusación de injusticia. Pues Darío⁶⁵ se sentía muy inquieto ante el poder y la edad de Alejandro, ya que era uno de los que creían que Alejandro domi-

⁶⁰ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XXIII 677D.

⁶¹ Cf. *Mor.* 332E, y *Vida de Alejandro* XLVII 691E.

⁶² Esta boda se realizó en el año 324 a. C. en Susa. Además de con Estatira, la hija de Darío, Alejandro se casó también con Parisátide, hija de Artajerjes III Oco. En el imperio persa la poligamia era habitual; cf. PLUT., *Vida de Alejandro* LXX 703E; DIOD., XVII 107, y JUSTINO, XII 10.

⁶³ Cf. *Mor.* 97D y 522A, y *Vida de Alejandro* XXI 676F, en donde se dice que Alejandro «poniendo a la figura de aquéllas la belleza de su propia continencia y honestidad, pasaba por delante de ellas como quien pasa ante estatuas sin vida» (trad. de E. Crespo, *o. c.*).

⁶⁴ Así se lo dijo a Parmenión en una carta que le envió (cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XXII 677A; ARRIANO, *Anáb.* IV 20; ATENEO, XIII 603C, y QUINTO CURCIO, *Hist. Alex.* IV 10).

⁶⁵ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XXX 682C-D.

naba por Fortuna. Pero, tras hacer pruebas por todas partes, reconoció la verdad y dijo: «La situación de los persas no es tan mala. Nadie dirá que nosotros somos absolutamente malos y cobardes por el hecho de haber sido vencidos por éste. Yo pido a los dioses buena fortuna y poder en la guerra para superar a Alejandro en hacer el bien. Pues me posee una ambición y un impulso emulador por manifestarme más humanitario que él. Pero si lo mío se va, Zeus, padre de los persas y dioses de nuestro reino, que nadie se siente en el trono de Ciro sino Alejandro». Esto era la adopción de Alejandro con los dioses por testigo. Así vencen por virtud.

- 339 7. Adjudica, si quieres, a la Fortuna lo de Arbela y Cilicia y sus otras hazañas que han sido obra de la violencia y de la guerra. Fortuna le demolió los muros de Tiro⁶⁶ y Fortuna le abrió el camino a Egipto. Por Fortuna cayó Halicarnaso, Mileto fue tomada, Maceo⁶⁷ dejó el Éufrates sin guardia y la llanura de Babilonia quedó cubierta de cadáveres. Pero no por Fortuna era prudente ni tenía dominio de sí mismo gracias a Fortuna, ni la Fortuna encerró su alma y la mantuvo inexpugnable al placer e invulnerable a los deseos. Y de hecho, fue por esto por lo que derrotó a Darío. Lo otro no fueron sino derrotas de armas y de caballos, batallas, muertes y fugas de hombres pero Darío sufría la gran e irreparable derrota: pues cedía en la virtud, en la magnanimidad, en la valentía y en la justicia; y admiraba la invencibilidad de Alejandro en el placer, en el trabajo y en la concesión de favores. Ciertamente, Atarrias, hijo de Dinómenes, Antígenes de Palene

⁶⁶ *Ibid.* XXV 679A, y ARRIANO, *Anáb.* II 23.

⁶⁷ Y abrió las puertas de la ciudad. Alejandro le nombró sátrapa de Babilonia (cf. ARRIANO, *Anáb.* III 7, 2, y 16, 4; Q. CURCIO, V 1, 17 y 44).

y Filotas, hijo de Parmeni6n fueron tambi6n invencibles en medio de escudos, lanzas, gritos de guerra y conflictos de armas, pero ante los placeres, las mujeres, el oro y la plata no eran nada mejores que los cautivos. En efecto, Atarrias⁶⁸, cuando Alejandro liberaba a los macedonios de sus deudas y pagaba a los prestamistas por todos, le minti6 dici6ndole que debfa, y present6 en el banco a uno que aseguraba ser su acreedor. Despu6s, cuando fue descubierto, estuvo a punto de quitarse la vida, de no haber sido por Alejandro, quien al saberlo, lo liber6 de su culpa y le permiti6 conservar el dinero. Pues recordaba que cuando Filipo estaba asaltando Perinto⁶⁹, Atarrias fue alcanzado por un dardo en un ojo y no permiti6 ni consinti6 que se le extrajese el dardo hasta poner en fuga a los enemigos.

Ant6genes⁷⁰ se enrol6 y se uni6 a los que eran enviados de vuelta a Macedonia por causa de enfermedad y mutilaci6n, pero cuando se descubri6 que no tenfa ning6n mal sino que simulaba una enfermedad y, al comprobarse que era un hombre guerrero, cuyo cuerpo estaba lleno de heridas, Alejandro se enoj6. Al preguntarle por la causa de tal conducta, Ant6genes confes6 que estaba enamorado de Telesipa y que la acompa6aba en su viaje por mar, pues si ella se iba, 6l no podfa quedar atr6s. Alejandro le pregunt6 de qui6n era aquella mujer y a qui6n debfa 6l hablar. Ant6genes le contest6 que era libre, a lo que le respondi6: «Persuad6mosla entonces con promesas y regalos para que se quede». De tal modo Alejandro tenfa m6s condescendencia con cualquier otro amante que consigo mismo.

⁶⁸ Esta an6cdota PLUTARCO la atribuye a Ant6genes en su *Vida de Alejandro* LXX 703E-F.

⁶⁹ En el a6o 340 a. C. Gracias a la ayuda de Bizancio y Atenas, Perinto consigui6 rechazar a Filipo.

⁷⁰ Esta an6cdota se cuenta tambi6n en *Mor.* 181A. En su *Vida de Alejandro* (XLI 689B) PLUT. la atribuye a Euriloco.

También Filotas⁷¹, el hijo de Parmenión, tenía la falta E de dominio como nodriza de sus males. Había, en efecto, entre los prisioneros de Damasco, una mujer de Pelas, llamada Antígona. Ésta navegó a Samotracia y fue apresada por Autofradato. Ella era de buen ver, y a Filotas, que se prendó de ella, lo hizo suyo. Ciertamente el hombre de hierro⁷², enternecido, no dominaba su razón en medio de los placeres sino que le revelaba a ella abiertamente muchos asuntos secretos: «¿Qué hubiera sido de aquel Filipo de no ser por Parmenión?», le decía, «¿qué de este Alejandro de no ser por Filotas? ¿Y dónde estaría Ammón y dónde las F serpientes si nosotros no hubiéramos querido?». Antígona refirió estas palabras a una amiga suya y ésta a Crátero⁷³. Crátero llevó secretamente a Antígona ante Alejandro y éste no tocó su persona sino que se mantuvo a distancia, pero a través de ella vigiló secretamente a Filotas y descubrió todo su plan. Pasó un período de más de siete años y jamás reveló su sospecha, ni con el vino, él que tanto bebía, ni en el furor de la ira, él, que tenía un carácter violento, ni a su amigo Hefestión⁷⁴, al que todo confiaba y con quien 340 todo lo compartía. Se cuenta, en efecto, que en una ocasión tras abrir el sello de una carta confidencial de su

⁷¹ Coetáneo y amigo de Alejandro, se distinguió como jefe de la caballería en la guerra contra Persia (cf. *ARRIANO, Anáb.* I 19, 5). La anécdota que aquí se relata, que le costó la vida a Filotas y también a su padre Parmenión, la explica Plutarco más pormenorizadamente en su *Vida de Alejandro* (XLVIII-XLIX 692A-693A). Sucedió en el año 330 a. C.

⁷² En el texto griego está en dialecto dorio, lo que ha hecho suponer que estas palabras hayan sido tomadas de algún poema o de algún coro trágico. El lugar de la cita aparece corrupto en los manuscritos. En la edición que manejamos hay una *crux philologica*.

⁷³ Era el amigo de Alejandro más respetado por él (cf. *Mor.* 181D, y *Vida de Alejandro* XLVII).

⁷⁴ El amigo más querido de Alejandro (*Mor.* 181D, y *Vida de Alejandro* XLVII).

madre, la leía en silencio para sí y Hefestión inclinando suavemente su cabeza junto a Alejandro la iba leyendo con él. Alejandro no se permitió impedirselo pero se quitó su anillo y puso su sello en la boca de Hefestión⁷⁵.

8. Se podría rehusar a hablar de estos hechos con los que se muestra que Alejandro dispuso de su autoridad muy noble y regiamente. Y si, en efecto, ha llegado a ser grande por Fortuna, es aún más excelente porque ha hecho un noble uso de la Fortuna. Y cuanto más se elogia su Fortuna, tanto más se ensalza su virtud, gracias a la que fue digno de su Fortuna. Ahora, sin embargo, voy a seguir los primeros pasos de su auge y los comienzos de su poder. Y examinaré en ellos cuál ha sido la obra de la Fortuna, por la que se dice que Alejandro fue grande por la Fortuna. Por Zeus, ¿por qué no dicen esto del que nunca fue herido ni manchado de sangre ni participó en campaña alguna, a quien el relincho de un caballo le sentó en el trono de Ciro, como al primer Darío⁷⁶, el hijo de Histaspes? ¿O de Jerjes⁷⁷, a quien puso en el trono un hombre adulado por su mujer, como Darío lo fue por Atosa? ¿O la corona real llegó a las puertas de Alejandro, como a las de Oarses⁷⁸, por medio de Bagoas, quien despojándole de su ropa de mensajero le puso la ropa real y enhiesta la tiara?⁷⁹ ¿O de improviso e inesperadamente le cayó en suerte ser rey de la ecúmene, como les caía en suerte su cargo a los legisladores y gobernantes de Atenas. ¿Quieres saber cómo los hombres son reyes por Fortuna? En cierta ocasión se extinguió entre los argivos el linaje de los Heráclidas, del que tradicional-

⁷⁵ Anécdota relatada también en *Mor.* 108D y 333A.

⁷⁶ Cf. *HDT.*, III 84 ss.

⁷⁷ *Ibid.* VII 3.

⁷⁸ Cf. *Mor.* 326F, 336E y 337E.

⁷⁹ Cf. *JEN.*, *Anáb.* II 5, 23.

mente procedían los reyes. Cuando buscaban y se informaban, la divinidad les dijo en un oráculo que un águila les indicaría. Después de algunos días apareció un águila en las alturas, bajó y se posó en casa de Egón. Egón fue elegido rey. Otra vez, en Pafos⁸⁰, puesto que el rey se mostraba injusto y perverso, Alejandro lo desterró y buscaba otro, pues el linaje de los Ciníradas⁸¹ parecía ya extinguirse y morir. Pero le dijeron que aún sobrevivía un hombre pobre y oscuro, que llevaba una olvidada existencia en cierto huerto. Sus embajadores fueron por él y lo encontraron regando su porción de jardín. Quedó muy turbado cuando los soldados lo cogieron y le ordenaron que fuera con ellos. Lo llevaron ante Alejandro, y vestido como estaba con una sencilla ropa de lino, fue proclamado rey, recibió la púrpura real y fue uno de los llamados «compañeros». Su nombre era Abdalónimo. Así la Fortuna hace a los reyes, cambia su ropa y altera rápida y fácilmente la situación social de quienes no aguardan ni esperan nada.

9. ¿Pero qué grandeza tiene Alejandro al margen de su mérito?, ¿qué obtuvo sin sudor, qué sin sangre, qué gratuitamente, qué sin esfuerzo? Bebió en ríos mezclados con sangre y los atravesó con puentes hechos a base de cadáveres, comió por hambre la primera hierba que encontró, atravesó de parte a parte pueblos cubiertos por espesa capa de nieve⁸² y ciudades construidas bajo tierra, navegó por un mar embravecido⁸³ y al recorrer las secas riberas de

⁸⁰ Ciudad de la isla de Chipre.

⁸¹ Los orígenes de este linaje se pierden en la nebulosa de la mitología. Primitivamente su rey, que era también sacerdote máximo, desempeñó parte muy activa en la difusión del culto de Afrodita en Pafos (cf. TÁC. II 3; PIND., *Pit.* II 15, y *Nem.* VIII 18; PLINIO, *Hist. Nat.* VII 195; HIGINIO, *Fab.* 242, y OVIDIO, *Met.* 10).

⁸² Cf. DIOD., XVII 82, y Q. CURCIO, *Hist. Alex.* V 3.

⁸³ Cf. ARRIANO, *Anáb.* VI 19, y Q. CURCIO, *Hist. Alex.*

Gedrosia⁸⁴ y Aracosia vio en el mar antes que en tierra una planta viva. Si se pudiera traer ante Fortuna como ante un ser humano, a la Libertad de expresión en favor de Alejandro, le diría: «¿Dónde y cuándo abriste tú camino a las hazañas de Alejandro?, ¿qué fortaleza tomó con tu ayuda F sin derramar sangre?, ¿qué ciudad sin guarnición o qué falange sin armas le entregaste?, ¿a qué rey se encontró indolente o a qué general descuidado o a qué guardián dormido? Además ni un río le fue fácilmente vadeable ni un invierno moderado ni un verano sin aflicción. Ve a 341 Antíoco, el hijo de Seleuco, o a Artajerjes, el hermano de Ciro. Dirígete a Ptolomeo Filadelfo. Sus padres, aún en vida, les nombraron reyes. Ellos vencieron batallas que no les costaron ni una lágrima y se pasaron la vida entre festejos en procesiones y teatros. Cada uno de éstos llegó a anciano siendo rey gracias a la buena fortuna. Pero de Alejandro, aunque no hubiera ninguna otra cosa, he aquí que su cuerpo cubierto de heridas desde la punta de la cabeza hasta los pies ha quedado roto, quebrantado y golpeado por los enemigos

*ya con la lanza ya con la espada ya con grandes proyectiles*⁸⁵.

En Gránico⁸⁶, una espada le atravesó el casco hasta el B cuero cabelludo; en Gaza fue herido en el hombro por un dardo; en Maracanda le dispararon en una pierna con una flecha, de modo tal que el hueso de la tibia se le rompió

⁸⁴ PLUT., en *Vida de Alejandro* LXVI 702A, narra con más detalle las calamidades sufridas por el ejército hasta llegar a Pura, la capital de Gedrosia. El tórrido calor, las enfermedades y el hambre contribuyeron a las fatigas de la travesía (cf. ARRIANO, *Anáb.* VI 22, y Q. CURCIO, *Hist. Alex.* IX 10).

⁸⁵ HOM., *Il.* XI 265 y 541.

⁸⁶ Cf. *Mor.* 327A.

por el golpe. Cerca de Hircania le alcanzaron el cuello con una piedra, por lo que también durante muchos días se le nubló la visión y temió su pérdida. Entre los asacenos le dispararon el tobillo con un dardo indio cuando decía sonriendo a sus aduladores:

*esto es sangre, no es
icor, del que fluye por los bienaventurados dioses*⁸⁷.

En Iso, según dice Cares⁸⁸, fue herido por el rey Darío con una espada en el muslo cuando llegó a las manos con él. El mismo Alejandro se lo escribió con sencillez y toda verdad a Antípatro. Le decía: «Me sucedió que fui herido con una daga en el muslo. Pero nada extraño resultó de la herida ni en el momento ni después». Entre los de Malo una lanza de dos codos de larga le penetró por el tórax en el pecho ... Y alguien que avanzaba contra él, le disparó en el cuello, según cuenta Aristobulo. Cuando hubo pasado el Tanais en marcha contra los escitas y los hubo puesto en fuga, los persiguió a caballo durante ciento cincuenta estadios a pesar de estar enfermo de disentería⁸⁹.

10. «Bien, oh Fortuna, ensalzas a Alejandro y lo haces grande atravesándolo por todos los lados, derrumbándolo, abriendo cada parte de su cuerpo. Pues tú no guiaste el dardo, como Atenea ante Menelao⁹⁰, a la parte más fuerte de su armadura para parar con la coraza, el pancellar y el cinturón la fuerza del golpe que le tocó el cuerpo, sólo

⁸⁷ HOM., *Il.* V 340. Se repite esta anécdota en *Mor.* 180E, y en *Vida de Alejandro* XXVIII 681B. Esta herida la sufrió en el asedio de Masaga en el año 327 a. C.

⁸⁸ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XX 675E-F.

⁸⁹ *Ibid.*, XLV 691A; cf. ARRIANO, *Anáb.* IV 4, 9, y Q. CURCIO, *Hist. Alex.* VII 9, 13.

⁹⁰ Cf. HOM., *Il.* IV 129.

como pretexto para que brotara un poco de sangre. Por el contrario, tú expusiste a los dardos las partes vitales de su cuerpo al desnudo, le llevaste las heridas por los huesos y le recorriste en derredor su cuerpo; le asediaste la vista y los pies, le impediste las persecuciones, le arrebataste las victorias y le destruiste las esperanzas». A mí me parece que ningún rey ha soportado una Fortuna más gravosa a pesar de que a muchos se les ha presentado penosa y rígida. Pero a otros, cual un rayo, los tronchó y los destruyó. Ante Alejandro, en cambio, la hostilidad de su Fortuna era contenciosa, pendenciera y difícil de superar, como ante Heracles. Pues, ¿qué tifones o monstruos gigantes no levantó contra él?⁹¹ o ¿a qué enemigos no fortificó con cantidad de armas o por la profundidad de los ríos o por la aspereza de los acantilados o por la fuerza de fieras extrañas? Y si el espíritu de Alejandro no hubiera sido grande y no hubiera sacado de una gran Virtud su impulso, y hubiera combatido contra su Fortuna, ¿acaso no estaría cansado y habría renunciado a colocar sus tropas en orden de batalla, a armarlas, a realizar asedios y persecuciones contra Bactriana, Maracanda y Sogdiana, llevándolo a cabo entre numerosas revueltas, deserciones, tumultos de pueblos y defecciones de reyes, como quien corta la cabeza de una hidra que se renueva con continuas guerras entre pueblos insidiosos y desleales?

11. Parecerá que digo algo extraño, pero lo que voy a decir a continuación es verdad. Por poco perdió Alejandro por causa de la Fortuna su reputación de hijo de Ammón. ¿Pues qué vástago de los dioses sufriría pruebas tan peligrosas, trabajosas y dolorosas, a no ser Heracles, el hijo de Zeus? Pero fue un hombre arrogante quien ordenó a Hera-

⁹¹ Plutarco piensa en los célebres trabajos de Heracles.

cles los trabajos de capturar leones, perseguir jabalíes, espantar pájaros para que no le quedase tiempo libre que dedicar a grandes hazañas, como castigar a Anteo⁹² y terminar con los crímenes de personas como Busiris⁹³. A Alejandro, en cambio, le ordenó la Virtud un trabajo regio y divino cuyo fin no era el oro transportado por innumerables camellos ni el lujo persa ni banquetes ni mujeres ni el vino de Calibón⁹⁴ ni pescados de Hircania⁹⁵, sino ordenar bajo una sola ley a todos los hombres y someterlos a un único poder y a una única y habitual forma de vida⁹⁶. Este deseo que le era natural ya de niño, lo alimentó y lo incrementó con el tiempo. En una ocasión cuando llegaron unos embajadores del rey de los persas a visitar a Filipo, como éste no estaba en la ciudad, Alejandro los acogió hospitalariamente y los trató con cortesía⁹⁷. No les hizo ninguna pregunta infantil como otros sobre la vid de oro⁹⁸, los jardines colgantes ni cómo iba vestido el rey sino que todas hacían referencia a las cuestiones más importantes de su soberanía. Se informó de cuál era el poder de los persas, de dónde se situaba el rey para luchar en las batallas —como el célebre Ulises:

*¿dónde están las armas de la guerra, dónde los caballos?*⁹⁹,

⁹² Cf. APOLODORO, II 115.

⁹³ Cf. *Mor.* 315B y 857A.

⁹⁴ Ciudad de Siria, cuyo vino elogiaron ESTRABÓN, XV 3, 22, y ATENEO, XXVIII D.

⁹⁵ Ciudad persa situada al sureste del Mar Caspio.

⁹⁶ Este concepto social es típicamente helenístico y será fundamento de la ética estoica.

⁹⁷ Esto mismo lo vuelve a relatar PLUT. en *Vida de Alejandro* V 666E-F.

⁹⁸ Cf. JEN., *Hel.* VII 1, 38, y DIOD. XIX 48.

⁹⁹ Cf. HOM., *Il.* X 407.

de cuáles eran los caminos más cortos para los que iban desde el mar al interior. De modo que los huéspedes quedaron perplejos y exclamaron: «Este muchacho es un gran rey, el nuestro es sólo rico».

Cuando Filipo murió, Alejandro ya se disponía a lanzarse tierra a través, y pertrechado con sus preparativos y esperanzas, se apresuraba a alcanzar el Asia. Pero la Fortuna entonces se le puso por medio, lo hizo volver, lo arrastró hacia atrás y lo envolvió con miles de dificultades y dilaciones. En primer lugar le alborotó los elementos bárbaros de sus fronteras al provocar las guerras de los ilirios y tribalios ¹⁰⁰. Debido a estas guerras se retiró de sus proyectos del Asia hasta Escitia en las orillas del Danubio. Después de recorrer y someter todo este territorio con grandes riesgos y luchas, de nuevo se preparaba y se apresuraba a cruzar al continente asiático. Pero otra vez la Fortuna impulsó a Tebas ¹⁰¹ contra él y obstaculizó su camino con una guerra contra los griegos y una terrible necesidad de venganza frente a hombres de su misma raza y sangre, cumplida a través del asesinato, el fuego y el hierro de muy funesto fin. Después de esto cruzó, según relata Filarco, con provisiones para treinta días, y, según Aristobulo ¹⁰², con setenta talentos. De los bienes de su casa y de los ingresos reales distribuyó la mayor parte entre sus compañeros. Sólo Pérdicas ¹⁰³ no tomó nada de lo que Alejandro

¹⁰⁰ Cf. *Mor.* 327C. Estos sucesos ocurrieron en el año 335 a. C.

¹⁰¹ La defección de Tebas y su conquista y saqueo por las tropas de Alejandro se narra con más detalle en *Vida de Alejandro* XI 670E; cf. también *ARRIANO, Anáb.* I 8, 9.

¹⁰² Cf. *Mor.* 327E.

¹⁰³ Diádoco de la máxima confianza de Alejandro Magno. Tenía a su cargo el gobierno del Asia Menor. Sofocó las rebeliones de los griegos de la Bactria. Ocupó en el año 332 la Capadocia. Alejandro, antes de morir, le entregó su anillo con su sello y le dio a su hermana Cleopatra como

E le daba, sino que le preguntó: «¿Qué dejas para ti, Alejandro?». Éste le contestó: «Las esperanzas». Pérdicas le replicó: «Pues bien, también nosotros participaremos de esto, pues no es justo coger lo tuyo sino lo correcto es esperar a lo de Darío»¹⁰⁴.

12. ¿Cuáles eran las esperanzas con las que Alejandro cruzó a Asia? No era una fuerza medida por unas murallas que contuvieran ciudades de diez mil hombres¹⁰⁵ ni flotas que navegaran a través de montañas ni látigos ni grilletes ni demenciales instrumentos bárbaros para castigar al mar¹⁰⁶. Por el contrario, externamente había mucha ambición en un pequeño ejército, una rivalidad mutua propia de esa edad, y una competición de gloria y virtud entre compañeros. Pero Alejandro tenía dentro de él grandes esperanzas: piedad hacia los dioses, fidelidad a los amigos, frugalidad, dominio de sí mismo, buen hacer, ausencia de temor a la muerte, coraje, humanismo, afabilidad de trato, integridad de carácter, firmeza en sus decisiones, rapidez en la acción, deseo de gloria y una eficaz predisposición en todo asunto noble. Homero, en efecto, no sintetizó ni adecuada ni convincentemente la nobleza de Agamenón con los tres símiles de su comparación:

343 *en ojos y cabeza es semejante a Zeus, el que goza con el rayo, y semejante a Ares en su talle y en su pecho a Poseidón*¹⁰⁷.

Pero respecto a la naturaleza de Alejandro si la divinidad que lo creó hizo en él una síntesis y conjunción de esposa. Pérdicas intentó la unidad del imperio a la muerte de Alejandro, pero objeto de una conspiración, fue asesinado por sus propios generales.

¹⁰⁴ Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XV 672B.

¹⁰⁵ Alusión a Jerjes (cf. HDT., VII 60).

¹⁰⁶ Alude también a Jerjes (cf. HDT., VII 22-25 y 34-35).

¹⁰⁷ HOM., *Il.* II 478-9.

muchas virtudes, ¿acaso no podríamos decir que tenía el templo de Ciro, la prudencia de Agesilao, la inteligencia de Temístocles, la experiencia de Filipo, la osadía de Brásidas y la habilidad y la capacidad política de Pericles? Y en comparación con los más antiguos era aún más respetuoso que Agamenón, pues éste prefirió una esclava a su esposa ¹⁰⁸, aquél, en cambio, incluso antes de casarse se mantuvo distante de las cautivas. Fue más magnánimo que Aquiles ¹⁰⁹, pues éste devolvió el cadáver de Héctor a cambio de un pequeño rescate, mientras que Alejandro enterró a Darío con mucha riqueza. Aquiles ¹¹⁰ recibió de sus amigos regalos y recompensas a cambio de que depusiera su cólera, pero Alejandro tras conquistar a sus enemigos los enriqueció. Fue más piadoso que Diomedes ¹¹¹, pues éste estaba dispuesto a luchar contra los dioses, Alejandro, en cambio, consideraba que los dioses eran superiores en todo. Fue más añorado por sus parientes que Ulises ¹¹², pues la madre de Ulises murió de pena, pero la madre de un enemigo de Alejandro ¹¹³ lloró su muerte por el afecto que le profesaba.

13. En resumen, si Solón gobernó gracias a Fortuna y Milciades fue general por Fortuna y Aristides era justo por Fortuna, nada entonces es obra de la Virtud sino que ésta es un nombre y una palabra basada en la apariencia que en vano pasa por la vida, una ficción inventada por sofistas y legisladores. Pero si cada uno de estos hombres y de otros

¹⁰⁸ *Ibid.*, I 113.

¹⁰⁹ *Ibid.*, XXIV 552-600.

¹¹⁰ *Ibid.*, XIX 140-147.

¹¹¹ *Ibid.*, V 335-352 y 855-861.

¹¹² Cf. HOM., *Od.* XI 202-3.

¹¹³ Se refiere a la madre de Darío, Sisigambis. Así lo relatan DIOD., XVII 118, 3; JUST., XIII 1, y Q. CURCIO, *Hist. Alex.* X 5, 21.

semejantes llegó a ser pobre o rico, débil o fuerte, feo o bello, disfrutó de una saludable ancianidad o fue destinado a morir joven a causa de fortuna y si cada uno hizo de sí un gran general, un gran legislador o una persona de importancia en el gobierno y en el estado por medio de la Virtud y de la Razón, mira entonces a Alejandro y compáralo con todos ellos. Solón¹¹⁴ canceló las deudas en Atenas D y lo llamó «liberación de cargas»¹¹⁵, Alejandro pagó él mismo a los prestamistas las deudas de quienes les debían¹¹⁶. Pericles cobró tributos a los griegos y de la recaudación embelleció la Acrópolis con templos; Alejandro, en cambio, ocupó bienes a los bárbaros, los envió a Grecia y ordenó que se construyeran templos a los dioses por un valor de diez mil talentos. A Brásidas¹¹⁷ le hizo famoso en la Hélade el recorrer el litoral hasta Metone a través del ejército de los enemigos siendo blanco de continuos disparos. Pero aquel terrible salto de Alejandro en Oxidraca¹¹⁸, increíble para quienes lo oyeron y pavoroso para quienes lo vieron, cuando se tiró desde las murallas en E medio de los enemigos que lo recibieron con lanzas, dardos y espadas desenvainadas, ¿con qué se podría comparar sino con un fuego fulgurante que irrumpió y, llevado por el viento, cual aparición de Febo, se sumergió en tierra, resplandeciente por sus armas que brillaban como llamas? Los enemigos al principio se asustaron y se dispersaron temblando de miedo, pero después cuando vieron que un solo hombre atacaba a muchos, le opusieron resistencia.

¹¹⁴ Cf. *Mor.* 828F, y *Vida de Solón* XV-XVI 86D-87D.

¹¹⁵ Cf. ARISTÓT., *Const. de At.* X I.

¹¹⁶ Cf. *Mor.* 339C.

¹¹⁷ Cf. TUC., II 25, 2.

¹¹⁸ Localidad vecina a la de los malos. Se asentaban en la orilla oriental del río Hidaspes en su confluencia con el Indo, al sur del Punjab. Este suceso ocurrió en el año 326 a. C. (cf. *Mor.* 327B, y *Vida de Alejandro* LXIII 700B ss.).

Entonces la Fortuna manifestó sus grandes y brillantes obras de benevolencia hacia Alejandro, cuando tras arrojarlo a un insignificante lugar bárbaro, lo encerró y lo sitió con un muro; a los que desde fuera se esforzaban por ayudarlo e intentaban escalar la muralla, les rompió y quebró F las escalerillas, los dejó sin soporte alguno bajo sus pies y los hizo caer de las murallas. De los tres únicos hombres que por actuar con rapidez se agarraron a la muralla y se tiraron al interior para asistir a su rey, a uno Fortuna inmediatamente lo arrebató y se lo llevó, y otro, acribillado por muchas flechas, distaba de la muerte sólo en tanto en cuanto podía ver y percibir el peligro ¹¹⁹. Vanos eran desde ³⁴⁴ fuera los gritos y cargas de los macedonios, pues no tenían ningún ingenio de guerra ni aparatos de ataque sino que golpeaban afanosamente con sus espadas las murallas y se veían forzados a abrir brechas con sus manos desnudas y casi a mordiscos.

Pero el afortunado rey, guardado y vigilado siempre por la Fortuna, fue atrapado como una fiera entre redes, solo y sin ayuda, y no en defensa de Susa ni de Babilonia ni por tomar Bactria ni por vencer al gran Poro ¹²⁰. Pues en los grandes y gloriosos combates, aunque se tenga mala suerte, no hay lugar para la humillación. Pero la Fortuna era tan rencillosa, tan maliciosa, tan partidaria de los bárbaros y odiaba a Alejandro de manera tal, que no sólo B intentaba destruir su persona y su vida sino también arrebatarse su fama en cuanto de ella dependía y acabar con su buena reputación. Pues no hubiera sido terrible que Alejandro, caído junto al Éufrates o al Hidaspes, yaciera allí ni

¹¹⁹ Cf. ARRIANO, *Anáb.* VI 10.

¹²⁰ Rey del Punjab, cuyo reino se extendía del Hidaspes al Akesines. Fue vencido por Alejandro en el año 326 a. C. Tras pactar con Alejandro recibió de nuevo el poder y, a cambio, apoyó siempre a los macedonios y fue rey de la India ocupada por ellos. En el año 317 un sátrapa lo mató.

hubiera sido innoble que hubiera muerto en combate cuerpo a cuerpo con Darío, ni entre caballos, espadas y sables de los persas que luchaban en defensa de su rey, ni ser derribado al franquear las murallas de Babilonia y perder su gran esperanza. Así cayeron Pelópidas y Epaminondas ¹²¹. Sus muertes fueron propias de su virtud y no de su mala fortuna por la magnitud de sus empresas. Pero, ¿cuál es la obra de la Fortuna que ahora examinamos? En los confines de la tierra junto a un río bárbaro y dentro de las murallas de una anónima fortaleza, lanzó y ocultó al rey y señor del mundo, para que muriera ¹²² alcanzado y golpeado por armas indignas y objetos cualesquiera. En efecto, en la cabeza fue golpeado a través del casco por un sable y alguien con un dardo disparado con un arco le partió la coraza, por donde el proyectil le penetró en los huesos del pecho y allí se quedó clavado. El extremo sobresalía y le molestaba; la punta de hierro era de cuatro dedos de ancho y cinco de largo. Y la última de sus desgracias fue que mientras se defendía de los que tenía en frente, el arquero que le había disparado tuvo la osadía de acercársele con una espada, pero el propio Alejandro se le adelantó y con una daga lo derribó y lo mató. En ese mismo momento alguien salió corriendo de un molino y dándole por detrás con un palo un golpe en el cuello le confundió los sentidos y lo desvaneció. Pero la Virtud le dio valor e infundió fuerza y celo a los que le acompañaban. Pues hombres como Limneo ¹²³, Ptolomeo y Leonato y cuantos

¹²¹ Célebres generales tebanos, que destacaron por su valentía y por ser excelentes estrategas (cf. *Mor.* 192C-194E).

¹²² Alejandro murió el 13 de junio del año 323, poco antes de partir en expedición hacia Arabia. Las circunstancias de su muerte siempre fueron oscuras, aunque la tradición oficial mantiene que murió a causa de una crisis violenta de paludismo.

¹²³ Cf. *Mor.* 327B, y *ARRIANO, Anáb.* VI, 11, 8.

habían saltado por la muralla o la habían roto, se apostaron delante de él y eran como un baluarte de virtud exponiendo siempre de frente sus vidas y sus personas a los dardos enemigos por efecto y amistad al rey. No es, en efecto, por Fortuna por quienes se arriesgan y mueren voluntariamente los compañeros de los buenos reyes, sino por amor a la Virtud, como abejas que bajo la influencia E de filtros de amor se acercan y se adhieren a su soberano. ¿Qué espectador que estuviera entonces en situación segura no afirmarí­a que había visto un gran combate entre Fortuna y Virtud y que el bárbaro vencía gracias a Fortuna por encima de sus méritos y que el griego resistía gracias a Virtud por encima de sus fuerzas?, ¿y que si los enemigos ganaban sería obra de Fortuna o de algún perverso espíritu o de una venganza divina; pero si los griegos vencían, la virtud, la audacia, la amistad y la lealtad serían los portadores del premio de la victoria? Pues éstas fueron las únicas que asistieron a Alejandro, ya que la Fortuna puso una muralla entre él y el resto de la fuerza de su equipo naval, ecuestre y de infantería. Finalmente, los macedonios pusieron en fuga a los bárbaros y, cuando hubieron caído, destruyeron la ciudad sobre ellos. Pero de nada le sirvió a Alejandro, pues fue sacado con el dardo inscrustado y con el astil en las entrañas. Era para él una atadura o un clavo que le sujetaba el cuerpo a la coraza. Y el hierro no cedía ante los esfuerzos de quienes intentaban arrancarlo de raíz de la herida, pues se había asentado en la parte dura del 345 pecho junto al corazón. No se atrevían a serrar la parte que sobresalía de la flecha, pues temían que con un desgarrón se rompiera el hueso provocándole dolores insoportables y produciéndosele una hemorragia interna. Cuando Alejandro vio su lentitud y gran indecisión, él mismo intentó cortar con su espada la flecha clavada en la coraza. Pero su mano estaba sin fuerza y afectada de una tórpida pesadez a

causa de la inflamación de la herida. Ordenó con palabras de ánimo que quienes estaban ilesos, se aplicaran a ello y no temieran. Insultaba a quienes estaban muy afectados y lloraban y los llamaba desertores por no atreverse a socorrerle. Gritaba a sus compañeros:

*Nadie sea cobarde, ni siquiera por mi culpa. No se creará que no temo a la muerte si vosotros teméis la mía*¹²⁴.

¹²⁴ Después de esta herida, Alejandro aún se recuperó. Por tanto, este final hace pensar que el discurso está incompleto.